

RESEÑAS

Claudio Belini, **La industria peronista: 1946-1955. Políticas públicas y cambio estructural**, Buenos Aires, Edhasa, 2009, 224 páginas.

El libro de Claudio Belini se suma a los estudios que, desde diferentes perspectivas, han abordado la temática del peronismo en los últimos años. Desde una mirada económica, política y sociocultural, estos nuevos enfoques se han multiplicado presentando interrogantes que nos obligan a repensar nuestro pasado. Así, el autor busca iluminar un aspecto poco estudiado del peronismo: la eficacia de su política industrial, que si bien se la ha exaltado como unos de sus logros más emblemáticos, sus detractores sostienen que, lejos de ser exitosa, retrasó un crecimiento que despuntaba a principios de la década del cuarenta. El autor se propone estudiar los contenidos de esta política, analizar su implementación y evaluar su impacto sobre seis industrias, con el objetivo de indagar los factores que mediaron entre las metas iniciales y los resultados. Específicamente, el interés se centra en observar en que medida se alentó el crecimiento y la diversificación.

En el primer capítulo, se analizan los objetivos e instrumentos de la política industrial, partiendo de la estrategia económica que se puso en marcha, destinada a fomentar la expansión del mercado interno y a acelerar la industrialización, considerando que la diversificación de la estructura industrial crearía una economía menos vulnerable a las fluctuaciones del mercado internacional. Planteadas las posturas de diferentes analistas sobre la relación mercado interno/población, se afirma que el mecanismo adoptado por el peronismo fue la confianza en la potencialidad del mercado interno, que podía incrementarse mediante una distribución más igualitaria del ingreso. Para ello, el monopolio del Instituto Argentino de Producción del Intercambio (IAPI) sobre la comercialización de las cosechas, en un contexto de altos precios internacionales, permitió al Estado captar una parte importante de la renta agropecuaria, que fue destinada al sector urbano y particularmente a los asalariados. Las reformas institucionales que acompañaron a la política peronista fueron seguidas de una nueva concepción que sostenía que serían posibles de promoción las industrias que emplearan materias primas nacionales y estuvieran orientadas al mercado interno y las manufacturas que elaboraran artículos de primera necesidad o de interés para la defensa nacional. Para alcanzar sus metas, el gobierno propuso la aplicación de un conjunto variado de instrumentos y de reformas institucionales y es allí donde el autor considera que, por la ausencia de claras indicaciones sobre los mecanismos específicos que se utilizarían para alcanzar una buena parte de los objetivos, se otorgó un amplio margen a la burocracia en la instrumentación de las políticas.

Los capítulos siguientes buscan indagar sobre la aplicación de los instrumentos estatales, el papel que desempeñaron las instituciones a las que se había encomendado el manejo de esta política y finalmente los resultados obtenidos. De esta forma, el segundo capítulo muestra cómo pocos aspectos de la política industrial peronista han generado tantas controversias como el fallido intento de establecer una industria siderúrgica, a la vez que busca identificar los factores que retardaron el proyecto de la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (SOMISA). La expansión de la producción nacional de acero se inició como respuesta a las condiciones creadas por la Segunda Guerra Mundial, pero el afianzamiento de la industria sólo podía provenir de la instalación de una planta integrada. De esta manera, al finalizar la guerra, el Estado estaba involucrado en el fomento de la industria siderúrgica a través de la elaboración de arrabio, el estímulo con medidas de liberación aduanera de la industria laminadora y la construcción de un acuerdo entre el Estado, capitales locales y extranjeros para la creación de una acería integrada. El proyecto SOMISA significaba una conquista de los grupos civiles y militares que habían propiciado el desarrollo siderúrgico, pero las reformas introducidas consolidaron el dominio estatal sobre el Plan Siderúrgico que hacia 1952 no había logrado ninguno de los objetivos fijados. Por su parte, la política oficial hacia la industria laminadora fue más favorable a estas empresas, gracias al control de las importaciones, los tipos de cambios preferenciales para la adquisición de maquinarias y

materias primas y los créditos de corto y largo plazo. Belini sostiene que el principal objetivo de la política oficial para poner en marcha una planta siderúrgica integrada se tradujo en el fracaso, que provino de las dificultades para conseguir el financiamiento necesario para el intento de coordinación e integración industrial.

El capítulo tres ahonda en el desarrollo de la industria automotriz, afirmando que, si bien el gobierno peronista no elaboró una política sectorial compleja, asumió como objetivo la instalación de esta industria, con una fuerte presencia inicial del Estado como productor y regulador, fundando una pequeña planta, alentando al capital privado para hacerlo y participando activamente en la organización de la primera firma automotriz de producción masiva en asociación con el capital extranjero. La política arancelaria favoreció la instalación de plantas de montaje de automóviles a través de reducciones tarifarias para la importación de unidades armadas y fue visible el predominio de la industria norteamericana, basado en la oferta de productos de bajo precio, que eran los más demandados localmente. El autor asegura que, a pesar de las restricciones cambiarias, la industria local no habría tomado ninguna ventaja. Al término de la Segunda Guerra Mundial, la industria de armado de automóviles se hallaba paralizada en virtud del cierre del comercio importador, en tanto que la fabricación de carrocerías evidenciaba una fuerte retracción.

En esa transición a la producción local, Belini observa que a principios de la década del 1950 adquirir un automóvil nuevo era un lujo que pocas personas podían darse en Argentina, ya que si bien en el mercado local existía una fuerte demanda insatisfecha por la escasez de importaciones, la distribución del ingreso no permitía alentar grandes expectativas sobre el crecimiento de la demanda. El gobierno asumió la tarea de crear una industria automotriz pero afrontó serias dificultades derivadas de la falta de capacidades empresariales y técnicas, donde las deficiencias de las Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME), fueron cubiertas con el apoyo financiero del gobierno nacional. En este aspecto, es interesante rescatar la breve comparación que el autor presenta del caso argentino con las estrategias políticas utilizadas en México y Brasil, que permite resaltar claramente los rasgos y las limitaciones de la estrategia política local.

En el cuarto capítulo se intenta explicar cómo y por qué se produjo un cambio en la política oficial, asegurando que por primera vez desde el Estado se confirió atención a la industria de la maquinaria agrícola, a la vez que se le otorgó una serie de beneficios, como cuotas de importación, ventajas cambiarias y créditos. A comienzos del siglo XX se habrían instalado en Argentina un número importante de firmas norteamericanas para la comercialización de maquinaria agrícola, pero para mediados de los años treinta el desarrollo de la industria de maquinarias todavía era incipiente. Los empresarios señalaban que la industria tenía altos costos de producción derivados de la escasez de insumos y se reconocía que la industria no abastecía la demanda de los implementos más sencillos. De esta forma, la posibilidad de fabricar tractores comenzó a plantearse cada vez con mayor fuerza; poco después se inició la fabricación de las primeras unidades experimentales y de esta forma el Estado se convirtió en el impulsor de la industria del tractor. La necesidad de incrementar las exportaciones primarias impulsó al régimen peronista a alentar las importaciones de maquinarias agrícolas. El gobierno promovió la fabricación de tractores, inicialmente encarada por el Estado, pero luego esta tarea pasó a manos de empresas extranjeras que se instalaron en el país. La política oficial ofreció grandes ventajas para esta radicación, como abultados créditos de la banca oficial y el monopolio del mercado pero, para el autor, el principal problema derivaba de la falta de una política de racionalización y asesoramiento tecnológico.

En el capítulo siguiente se analiza la expansión y la modernización industrial durante los años de entreguerras y se asegura que, en relación a la industria de artefactos para el hogar, las fábricas de electrodomésticos debieron enfrentar serias dificultades, en especial en la producción de heladeras, debido a que la posibilidad de importar componentes desde Estados Unidos derrumbó la producción. En fin, se daba una reducida difusión de estos artefactos y de las posibilidades de expansión del mercado interno ya que la potencialidad de éste dependía del incremento de la renta

nacional y de su mejor distribución. La demanda incesante de artículos eléctricos se vio parcialmente desalentada por dificultades en la provisión de energía eléctrica. El autor analiza también el crédito a la producción y al consumo, asegurando que mientras la política cambiaria desempeñó un papel activo en el fomento sectorial, el impacto de la política crediticia fue limitado. Dado que en esos años la competencia de las importaciones fue importante, afirma que la industria no fue beneficiada por ninguno de los dos instrumentos principales de promoción industrial: el crédito y el control de importaciones. La escasa importancia del crédito bancario a la industria estaba ligada al acceso a otras fuentes de financiamiento que se originaban en la sostenida demanda insatisfecha, especialmente de electrodomésticos.

En el capítulo sexto, el autor sostiene que una breve mirada a las principales subramas textiles permite observar la complejidad del proceso de industrialización y que el cambio más importante se dio en la industria algodonera. Menciona los inconvenientes de la industria argentina de maquinaria textil, como la reducida capacidad de producción a altos costos y un retraso con respecto a la frontera tecnológica mundial. Por otro lado, la intervención estatal en la regulación de precios y en el comercio exportador presentaba algunos riesgos que podían alterar las expectativas empresarias y la evolución sectorial. Se afirma que durante la década peronista la intervención estatal en el mercado de textiles continuó, aunque éste se vio estimulado por los incrementos de los costos salariales, que alentaban a los empresarios a sustituir mano de obra. Como se había previsto, durante la posguerra la industria textil debió hacer frente a la reanudación de la competencia externa. Como las fábricas de equipo no podían satisfacer la demanda, los empresarios textiles dependieron de la concesión de permisos de importación. Mientras la industria algodonera y las de fibras sintéticas incrementaron su capacidad de producción y otorgaron mayor dinamismo, la industria lanera transitó el camino del auge a la crisis. A comienzos de 1954 la industria textil comenzó a recuperarse debido al impulso del mercado interno y a que los empresarios textiles habían logrado sustituir importaciones en un mercado en constante crecimiento, evitando la crisis que los analistas habían pronosticado al final de la guerra.

En el último de los capítulos, Belini describe el proceso de estancamiento y expansión de la industria cementera, asegurando que para el año 1939 la industria del cemento pórtland culminaba una fase de sustitución de importaciones que se había iniciado veinte años antes. Controlada mayoritariamente por capitales extranjeros y vinculada estrechamente a la innovación de tecnología internacional, constituía en esa época, por su volumen de producción, la segunda industria del continente. Pero en la década del cuarenta, esa capacidad de producción se estancó, al tiempo que volvieron a incrementarse las importaciones. Luego de esta introducción que resume el contenido del capítulo, el autor analiza el nacimiento de la industria del cemento y su expansión en el territorio argentino.

Resulta interesante el análisis sobre la relación entre el gobierno y los poderosos empresarios del cemento en los momentos en que crecía la demanda interna del producto y la escasez de cemento comenzaba a notarse. La posibilidad de reaparición de las importaciones y la amenaza de la intervención directa del Estado en las políticas industriales provocaron una tensa relación entre los empresarios del cemento y el Estado. La investigación sobre este sector permite afirmar a Belini que la política peronista prolongó el estancamiento de la capacidad productiva de las industrias de cemento hasta comienzos de la década de 1950.

Finalmente, sobre la base de los estudios de las seis industrias mencionadas y en un nuevo intento de dar respuesta a los interrogantes planteados en torno a los factores que mediaron entre los objetivos y los resultados de la política industrial peronista, el autor sostiene que, a pesar de la existencia de prioridades y la escasez de divisas, la política oficial seguía alentando una sustitución indiscriminada y que la capacidad del Estado para disciplinar al capital fue débil.

Para concluir, el libro de Claudio Belini constituye un valioso aporte ya que es un estudio que abarca el período 1946-1955 mediante una investigación exhaustiva, que analiza el funcionamiento de diferentes ramas industriales, las relaciones entre el Estado y las cámaras

empresariales y el rol de la burocracia y los sindicatos, ofreciendo la posibilidad de dar paso a nuevas polémicas. Cada capítulo es un reflejo del impacto de la política peronista sobre el desarrollo industrial y la ocupación obrera, de los problemas derivados de la ejecución de la política pública, de las relaciones entre la burocracia y de los empresarios industriales, caracterizada por la existencia de un aparato burocrático moderno, y de un fluido intercambio de información entre éste y los empresarios en el que se destaca la disposición hacia la negociación, el acuerdo y la reciprocidad. El estudio de cada rama industrial deja entrever las múltiples posibilidades de continuar complejizando y profundizando cada una de ellas, invitando a acercamientos que iluminen nuevas facetas de la industria peronista.

Griselda Lemiez
IEHS/CONICET

Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (Coordinadores), **Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional 1852-1880**, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2010, 319 páginas.

Este libro, como bien lo señalan los coordinadores, es el fruto de varios años de trabajo por parte de un grupo de destacados historiadores. En él se recogen investigaciones sobre distintas provincias argentinas enmarcadas en el contexto post Caseros. La estructura de esta compilación se divide en tres partes: una primera conformada por la introducción y los comentarios de Jorge Gelman y Raúl Fradkin; un segundo grupo en los que se podrían encuadrar los trabajos de Ariel de la Fuente, Eduardo Míguez y Beatriz Bragoni, que retoman las cuestiones de frontera y líderes populares; y un tercer eje en el que se engloban los artículos de los demás autores, que centran más su análisis en las provincias, sus instituciones y actores sociales. Los doce artículos nos llevan a reflexionar sobre las complejidades del orden político que se conformó en las provincias pero también el relativo al Estado nacional en construcción. La autoridad, el poder, el Estado, las fuerzas armadas, el dinero, la soberanía, los sectores populares y la política e instituciones son algunos de los conceptos recurrentes en los artículos, que nos llevan a analizar los distintos conceptos operativos para la construcción del poder y del Estado, en sus diferentes niveles. Por último, en el final del libro, se encuentran dos miradas de historiadores especialistas en un período anterior al tratado aquí, pero cuyas reflexiones invitan a pensar discusiones que muchas veces se dan por zanjadas.

En “Cuyo después de Pavón: consenso, rebelión y ocaso político, 1861-1874”, Beatriz Bragoni nos lleva a recorrer el espacio mendocino, conjuntamente con el resto del espectro cuyano. El Estado nacional y provincial se encuentra en vías de formación y adaptación a las nuevas circunstancias políticas, económicas y sociales. La batalla de Pavón era vista como el fin de la barbarie y el caudillismo y como el punto de partida para la instauración de un orden republicano. Sin embargo, la división de los notables, sumada a que durante años se produjeron importantes revueltas, dio pronto la impresión de que eso era imposible. A pesar de ello, Bragoni demuestra cómo las antiguas estructuras políticas fueron funcionales en determinados momentos para la consolidación de un Estado nacional que intervino en las revueltas y que, a la vez, esas mismas revueltas llevaron a la conformación del poder provincial por una acción conjunta de los poderes provinciales y nacionales.

En “Resistencia a la formación del estado nacional e identidad partidaria en la provincia de La Rioja: los nuevos significados del federalismo en la década de 1860”, Ariel de La Fuente abre la puerta para la reflexión acerca de la importancia de los sectores rurales en la conformación del poder provincial en la provincia de La Rioja y su interacción con un Estado nacional en vías de construcción. A lo largo de la investigación se pueden apreciar las resignificaciones generadas por

el proceso de revueltas en el interior de la provincia en consonancia con lo ocurrido en el nivel nacional. El concepto más importante -que posee una larga trayectoria pero que se modificará en función de las circunstancias- y que atraviesa la narración es el de federalismo. Un federalismo que encontrará su manifestación en los sectores populares alzados contra el accionar represivo de un Estado en formación. Se dio asimismo una redefinición de la política y del federalismo a partir de 1860, proceso en el que, como bien lo señala el autor, la Guerra del Paraguay fue decisiva.

El artículo de Eduardo Míguez, “La frontera del sur de Buenos Aires y la consolidación del estado liberal 1852-1880”, retoma la discusión sobre lo que significa conquistar el poder y ser parte del Estado, dejando claro que no existe una necesaria correspondencia entre ambos. Para esto analiza el contexto de la frontera sur, más específicamente en el poblado del Tandil en tiempos en que surge el Estado nacional. La imagen de un Estado todopoderoso que viene a desterrar las prácticas impropias de un sistema republicano se desvanece al leer el estudio de Míguez, quien demuestra cómo las redes clientelares siguen siendo funcionales a las necesidades de un Estado en formación y cuyo poder no se ha consolidado aún. El artículo indica cuán primordial era el orden para el funcionamiento del Estado, para lo cual se apeló a diversos mecanismos, entre ellos, las relaciones interpersonales.

“Departamentos, municipios y luchas políticas en Corrientes a mediados del siglo XIX” de Pablo Buchbinder nos acerca a las luchas internas libradas en esa provincia del litoral. Los embates para neutralizar a las fuerzas rebeldes en el año 1861 generaron medidas que fueron desde la creación de departamentos hasta la utilización de los comandantes militares como mediadores entre las áreas rurales y los gobiernos. El proceso de colonización y los intentos de construcción de un nuevo orden marcaron la historia de Corrientes durante estos años, clarificando cuán difícil era desarraigar ciertas prácticas políticas y militares que databan desde la época del dominio rosista.

Por su parte, Roberto Schmit, en “El poder político entrerriano en la encrucijada del cambio, 1861-1870”, lleva a cabo un análisis de la naturaleza del poder por demás interesante. En su trabajo se desarrollan dos temas de importancia: la movilidad fronteriza del Río de la Plata en los aspectos demográficos, económicos y geográficos que hicieron a la representación del cuadro histórico entrerriano. Y por otro lado, una mirada hacia lo más “informal” de la política, que no deja de lado la cuestión institucional pero dándole al primero la importancia que se merece en un escenario en el que el poder político no necesariamente pasaba por las instituciones, sino que se negociaba y acordaba en el plano de las relaciones interpersonales de gobernadores, comandantes y caudillos, entre otros. En ese contexto, Justo José de Urquiza constituye un ejemplo paradigmático para el análisis del nuevo escenario abierto tras la caída de Rosas.

El trabajo de Alicia Megías, “Santa fe entre Caseros y Pavón: cuestiones provinciales y problemas locales”, proporciona un análisis de la importancia de esas dos batallas para la historia argentina en general y para esa provincia en particular. Estas batallas marcaron en efecto el comienzo de una lucha que ya no tuvo que ver con un enemigo concreto, como lo había sido el rosismo, sino que ahora el verdadero desafío era la construcción de un poder político por fuera de la tutela de Urquiza. Una provincia dividida en dos, con un centro político y otro económico, es el panorama que nos presenta Megías. La búsqueda del equilibrio entre ambas es una constante en su trabajo y nos lleva a entender un poco más las complejidades de otra de las provincias más importantes del país.

Gustavo Paz en “Años turbulentos. Política provincial e instituciones nacionales: Jujuy 1875-1880” plantea el problema de la intromisión del Estado nacional en los asuntos provinciales a partir de un caso en que la Corte Suprema decidió sobre la propiedad de unas tierras entregadas en encomienda durante la colonia y reclamadas por un ciudadano boliviano y por la provincia de Jujuy. El fallo de la Corte, como lo demuestra Paz, marca la importancia de las tierras, ubicadas en una zona de frontera, pero además la jerarquía que se le intenta dar a este poder nacional, la máxima autoridad judicial del país, en un clima en que las facciones políticas luchaban por hacerse

del poder. A través de este caso se puede apreciar cómo se tomaba postura por una u otra parte según las conveniencias. La singularidad es que quien actuaba de árbitro era uno de los poderes nacionales en construcción.

Claudia Herrera en “Fiscalidad y poder: las relaciones entre el estado tucumano y el estado central en la formación del sistema político nacional, 1852-1869”, introduce un tema que no es menor en la conformación de un Estado: la fiscalidad y los impuestos. La supresión de las aduanas interiores generó en varias provincias cuestiones fiscales más que delicadas. En su exposición, la autora desarrolla la manera en que los estados provinciales hicieron frente al déficit mediante la creación de nuevos impuestos como las patentes. Sumado a esto plantea como el Estado nacional, en reiteradas ocasiones, acudió al auxilio de las provincias para evitar las consecuencias de las crisis económicas.

En una sintonía similar, José A. Sánchez Román (“Integración territorial y especialización económica. Tucumán y el Estado nacional, 1850-1880”), pone en discusión dos términos que no deben pasar desapercibidos al hablar de la construcción del un Estado en el siglo XIX, la territorialidad y la pertenencia. Para analizar estos conceptos en el caso de la provincia de Tucumán, el autor se sirve de las dificultades económicas atravesadas a raíz de los enfrentamientos entre la Confederación y Buenos Aires. Explica así cómo las circunstancias políticas propiciaron la especialización de ciertos sectores acaudalados en la producción de azúcar. De esta manera se permite dotar a la provincia de una identidad económica, social y política pero también en cuestiones territoriales y culturales.

En “Milicias, ciudadanía y revolución: el ocaso de una tradición política (Argentina, 1880)”, Hilda Sabato muestra las idas y venidas de la conformación del poder militar y del monopolio de la fuerza por parte del Estado. Ello da lugar a un análisis de las discusiones ocurridas en el seno de la elite sobre quien debía convocar o no a los guardias nacionales. A su vez la importancia de las milicias como una forma de hacer política era discutida por ser una práctica del pasado frente al surgimiento de un Estado moderno. La lucha por el poder es el eje de este trabajo que presenta a facciones con poder militar de antaño y a otras en conformación. La centralización o no de la fuerza en manos de la provincia o del Estado nacional constituyó una constante a lo largo de los años examinados.

Eduardo Zimmerman en su estudio “En tiempos de rebelión. La justicia federal frente a los levantamientos provinciales, 1860-1880” desarrolla un agudo trabajo de interpretación y observación sobre la importancia de la justicia federal, en particular de la Corte Suprema, en los casos de rebeliones provinciales. A lo largo del trabajo pueden apreciarse tres características de las decisiones del máximo órgano de justicia: los grados de responsabilidad en las rebeliones, el respeto hacia los rebeldes y las condenas. El autor reconstruye el accionar de la justicia ante las sublevaciones y demuestra cómo el poder judicial logró ser independiente del poder político en las tres cuestiones planteadas anteriormente. Al igual que el de Paz, el trabajo de Zimmerman nos deja la impresión de que a pesar de que el Estado nacional estaba en formación, y lo mismo el poder judicial, sus decisiones no siempre estaban teñidas de cuestiones políticas y favoritismos sino que, en varias ocasiones, primaron las nociones del derecho.

El último artículo es el de Darío Roldán quien en “La cuestión liberal en la Argentina en el siglo XIX. Política, sociedad y representación” propone un recorrido por los debates en torno al liberalismo surgidos desde el retorno a la democracia en la Argentina en 1983, remontándose hasta el siglo XIX. A lo largo de su relato, se pueden apreciar los distintos matices del término, según los períodos y pensadores. El liberalismo es así planteado como un punto de partida para comprender la tradición democrática y la cultura política de la Argentina.

El libro finaliza con los comentarios de dos importantes historiadores especializados en los principios del siglo XIX, Raúl Fradkin y Jorge Gelman, cuyas reflexiones nos llevan a repensar diversos conceptos e ideas. Fradkin en “Notas para una historia más larga: comandantes militares y gobierno en tiempos de crisis” reflexiona sobre los conceptos comunes a diversos trabajos del

libro, partiendo, en especial, de la confrontación entre las concepciones de centro y periferia. En su visión, no puede hablarse de un centro de poder y de una periferia sino más bien de un intento de construcción de un centro de poder pero juntamente con varios poderes dispersos que no están dispuestos a relegar su autonomía ni su protagonismo. En un tono similar, Jorge Gelman (“Una mirada descentrada. Desde los estados provinciales a la nación: algunas reflexiones desde la primera mitad del siglo XIX”) aborda las dificultades de la construcción de un nuevo sistema de autoridad que remplazase al caudillismo. Como bien señala el autor, el proceso constituyó un gran desafío y varios de los trabajos y ejemplos citados a lo largo del libro dan cuenta de las resistencias de varios sectores para la modificación de prácticas políticas que les habían dado una cierta autarquía durante varios años. El desafío, realmente difícil, era mantener la autonomía pero sin llegar a ser un subordinado.

El libro es, en suma, un ejemplo significativo del trabajo de una serie de investigadores, cuyas formas de análisis, temáticas y variables son tan distintas como sus ensayos. Sin embargo, más allá de esas diferencias, todos ellos coinciden en subrayar las complejidades inherentes a la conformación del poder y del Estado.

Astrid Dahhur
UNCPBA

Olga Echeverría, **Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX**, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009, 282 páginas.

En los últimos años, la derecha argentina de la primera mitad del siglo XX ha suscitado un renovado interés en tanto objeto de estudio académico, un interés que entraña el reconocimiento de su centralidad durante un período clave de la historia política argentina, signado por los inicios del proceso de democratización y su sucesiva frustración por golpes de Estado y la restauración del fraude electoral. La revalorización de este sector del espectro ideológico y político dio lugar a una prolífica bibliografía, que lo ha abordado desde ángulos diversos: la organización de partidos políticos, la formación de movimientos adversos al juego electoral, la prensa, las organizaciones corporativas representativas de sus intereses, los vínculos con otros actores políticos y sociales.

El libro de Olga Echeverría, que constituye una versión reelaborada de su tesis, presentada y aprobada en el marco del Doctorado Interuniversitario en Historia, ofrece un enfoque centrado en el seguimiento de las trayectorias individuales de un conjunto de intelectuales representativos de esa orientación a lo largo de las primeras décadas del siglo XX: Leopoldo Lugones; Carlos Ibarguren; diversas expresiones del universo católico, desde los “actores orgánicos” de la Iglesia (como Gustavo Martínez Zuviría y la revista *Criterio*) hasta los católicos caracterizados por su autonomía frente a la institución eclesiástica (como Manuel Gálvez); y los principales referentes de *La Nueva República* (los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, Ernesto Palacio, Juan Emiliano Carulla, César Pico y Tomás Casares). A través de esta perspectiva de análisis, cercana en algunos casos a la reconstrucción biográfica de algunos de estos exponentes de la derecha, se ilumina el escenario social, político y cultural en el que actuaron y que asimismo incidió en el condicionamiento y en la transformación de sus posiciones político-ideológicas. En este sentido, la autora se preocupa por enmarcar los casos analizados dentro de su específico contexto epocal, evitando así incurrir en la tendencia historiográfica que suele ver en ellos una mera antesala del peronismo.

Por otra parte, Echeverría también toma distancia de las representaciones frecuentes de la derecha como un conglomerado ideológico homogéneo y compacto, que pasan por alto sus diferenciaciones internas. Una mirada que derivaría tanto de la habitual tendencia de sus diversas fracciones a amalgamarse en situaciones críticas como del reduccionismo de sus adversarios, que a menudo han simplificado sus diferentes expresiones y le han otorgado una unidad de la que

carecía en la práctica. Por el contrario, la autora se muestra atenta a las contradicciones, las ambigüedades y las tensiones internas de este colectivo complejo y heterogéneo. Al mismo tiempo, a través de un exhaustivo examen de fuentes, que abarca tanto trabajos clásicos de estos exponentes de la derecha como otros menos difundidos, construye su denominador común en base a una identidad autoritaria compartida. Cabe señalar que en su caracterización ideológica de estos intelectuales, la autora difiere de las interpretaciones dominantes, que se inclinan por identificarlos como nacionalistas. Desde su perspectiva, en los casos analizados el nacionalismo es sólo un elemento ideológico más entre otros, entre los que se cuentan los valores del orden, las jerarquías y el elitismo; su función habría sido la de servir como mecanismo de cohesión a esta tendencia integrada por personalidades profundamente individualistas.

En el itinerario de estos intelectuales, Echeverría distingue un primer punto de inflexión, que los condujo desde una actividad volcada inicialmente al campo cultural a una acción netamente política, fundada en un diagnóstico común y en la convicción acerca de la necesidad de intervenir enérgicamente para corregir los males que percibían en la sociedad y en la política de su tiempo. Más allá del impacto traumático que sobre algunos de ellos trajeron aparejadas las transformaciones sociales de las primeras décadas del siglo XX, el parteaguas estuvo dado por la confluencia de la crisis ocasionada por la Primera Guerra Mundial, que cuestionó las certidumbres y los pilares ideológicos de la sociedad burguesa, y de la ampliación de las bases políticas del Estado argentino, que dio lugar al desplazamiento de la clase dirigente tradicional por parte del radicalismo y al ascenso social de los sectores medios. Las perplejidades de estos intelectuales ante el auge de los *parvenus* que pasaron a dominar la escena pública, así como sus definiciones políticas, estéticas e ideológicas conforman el núcleo de la primera parte del libro. Esta primera etapa en el proceso de configuración y/o consolidación del pensamiento autoritario de este grupo de intelectuales concluye en 1930, con el golpe militar encabezado por el general José Félix Uriburu, en el que aquellos desempeñaron un importante papel a la hora de crear un clima social propicio para el derrocamiento del presidente Hipólito Yrigoyen.

Como otros actores involucrados en la gestación de la denominada revolución de septiembre, volcaron en ese acontecimiento sus expectativas de transformación del Estado y la sociedad en un sentido afín a su proyecto autoritario. Aspiraron a superar el rol de simples publicistas golpistas y a convertirse en la élite dirigente del nuevo orden, capaz de subordinar la espada de sus aliados castrenses a los difusos diseños institucionales debidos a su pluma. Sin embargo, no lograron el ascendiente que esperaban sobre el gobierno provisional, por lo cual la frustrada experiencia significó para ellos un hito decisivo. La segunda parte del libro aborda las variadas formas en las que este conglomerado de intelectuales procesó la fallida experiencia uriburista. Mancomunados inicialmente en su oposición al radicalismo yrigoyenista, sus caminos se separaron a partir de 1932 y los llevaron a delinear un perfil y un proyecto político-ideológico más preciso, desde el rumbo corporativo lugoniano y su disputa tácita con la propuesta ibargusiana, hasta la reivindicación del radicalismo por algunos neorrepublicanos y el militantismo catolizante de la Iglesia y sus portavoces orgánicos.

Las voces del miedo revisita a través de las vivencias de sus exponentes más destacados el devenir de las configuraciones ideológicas, estéticas y políticas de una derecha concebida en plural, en el marco de los profundos cambios experimentados por la sociedad argentina en las primeras décadas del pasado siglo. Se ubica en el cruce fecundo de la historia intelectual y la historia política, y asimismo contribuye a instalar un debate siempre necesario acerca del nacionalismo.

María Inés Tato
Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires/CONICET

Andrés Kozel, **La Argentina como desilusión**, México, Nostromo ediciones – UNAM Posgrados, 2008, 395 páginas.

El libro de Andrés Kozel aborda una cuestión siempre presente en el imaginario social e ideológico de nuestro país: la idea del fracaso argentino. El autor circunscribe su estudio a los corpus de pensamiento de algunos intelectuales que en la primera mitad del siglo XX comenzaron a separarse del tronco liberal-civilizatorio (Lucas Ayarragaray, Leopoldo Lugones, Benjamín Villafañe, Ezequiel Martínez Estrada y Julio Irazusta) y se convirtieron en “especialistas en nombrar los males del país” desde distintas sensibilidades ideológicas.

La “desilusión argentina” es para Kozel una noción lineal y ascendente en el tiempo que, fundamentalmente, se construyó sobre la presunción de que al país le esperaba un destino de grandeza a partir de su incorporación al modelo civilizatorio y que hacía hincapié en una supuesta excepcionalidad argentina en el contexto latinoamericano. La “ilusión argentina” habría germinado en el tramo central del siglo XIX, estrechamente vinculada a la obra de los emigrados antirosistas y se habría vuelto hegemónica a medida que se consolidaba el paradigma liberal. Las profundas transformaciones que se vivieron en el período finisecular alimentaron el espíritu confiado y entusiasta. Sin embargo, y como en otros ámbitos de lo cultural, el clima ambivalente del centenario, fuertemente marcado por los efectos no esperados de la modernización, también se manifestó en esta noción cultural. No obstante, más allá de los matices y preguntas de los que se fue rodeando continuó expresando un ánimo optimista, aunque ya sin el vigor y las potencialidades que expresaba unos pocos años atrás.

En razón de esto, es que el autor considera que el tópico del fracaso argentino emergió con fuerza y densidad propia hacia los años 1929 y 1930, es decir como una respuesta a las crisis económicas e institucionales. En esta etapa, que no desconoce las “anticipaciones” que habían ido apareciendo en los años anteriores, se comenzaron a elaborar los idearios del fracaso y a construir una noción que alcanzaba una configuración de sentido nuevo. De tal modo, el libro recorrerá el camino del fracaso argentino (estudiado siempre como tópico intelectual y no como fracaso real) desde comienzos del siglo XX y hasta 1955, atendiendo tanto a las “anticipaciones” como a los pensamientos que surgieron cuando las premisas liberal civilizatorias habían sido puestas en cuestión desde diversos campos y también desde variadas perspectivas.

El primer capítulo del libro está dedicado al análisis del pensamiento de Lucas Ayarragaray, (médico psiquiatra, político, periodista, diplomático, historiador y literato nacido en 1861) y lleva por subtítulo “entre las sombras de la bastardía, las añoranzas del pasado y los meandros de la incertidumbre”. Según Kozel, el pensamiento de Ayarragaray estaba cruzado por dos impulsos fundamentales en relación con el pasado argentino. Por un lado, un movimiento decadentista nostálgico. Por otro lado, un ánimo fatalista. Tomadas en su conjunto las páginas de Ayarragaray exhalan melancolía al sostener, como tantos otros en su época, que las transformaciones sociales, políticas e intelectuales que se produjeron en la Argentina de fines del siglo XIX traían consigo violencia, patologías emocionales y trasmutaciones individuales y sociales. En esa aseveración Ayarragaray mostraba un perfil tradicionalista y deslizaba críticas a la Revolución francesa y al orden político que de ella se había derivado entendiéndolos como una patologización que alimentaban la imaginación de las masas, dando así lugar a los fermentos del socialismo. La mirada nostálgica, con el correr del tiempo, fue dando paso a una valoración enteramente negativa del pasado argentino (con la sola excepción de las presidencias fundacionales que eventualmente fueron juzgadas positivamente) en estrecha relación con postulados clasistas y racistas. La radicalización del discurso de Ayarragaray iba de la mano con la coyuntura política y su obra estaba marcada por la constelación de significados de cada época, siendo particularmente evidente en su furiosa crítica antiyriyoyenista y antiradical.

Como hombre del campo cultural latinoamericano estaba cruzado por un fuerte eclecticismo, por ello sus premisas hibridaban posturas, en principio incompatibles, que provenían tanto de postulados liberales, conservadores, románticos, positivistas como evolucionistas y hasta decadentistas. De tal modo, dice el autor, la obra de Ayarragaray puede ser vista como una condensación, singular y potenciada, de todas las dudas, ansiedades y fantasmas que recorrieron la sensibilidad de la elite argentina en el período finisecular y las décadas siguientes.

Para Kozel, el pensamiento de Ayarragaray constituye una “anticipación fuerte” del pensamiento tematizador del fracaso argentino ya que, si bien compartía apreciaciones con muchos otros escritores desencantados, su prédica fue más decidida y sostenidamente sombría y pesimista. Casi todos los presentes de enunciación eran inquietantes y tenebrosos y casi todos los futuros nebulosos e inciertos y aun sus pasajes optimistas se construyeron sobre cimientos de angustia y perplejidad.

En el segundo capítulo, “Leopoldo Lugones: de la celebración entusiasta a la encrucijada fatal”, Kozel analiza el itinerario del poeta cordobés nacido en 1874 que siendo socialista en su juventud se convirtió hacia los años veinte en emblema del militarismo pero que, en líneas generales, siempre expresó una mirada moralizadora y estetizante que juzgaba con crudeza y severidad a la sociedad que lo rodeaba. Sin embargo, es difícil delimitar a Lugones como un pesimista, por lo cual resulta apropiada la definición que ensaya Kozel cuando lo llama “crítico esperanzado”.

Como en el caso de Ayarragaray, Lugones amalgamaba diversas fuentes para dar forma a su corpus de pensamiento y esa fusión era, en rigor, llamativa ya que abarcaba tanto elementos darwinianos como preceptos de Nietzsche, Spencer y la teosofía. La sabiduría secreta como explicación última, dice Kozel, fue tanto una hermenéutica como una guía para la acción en la sociedad argentina. La superioridad de los más fuertes aparecía enlazada con una noción de progreso que también se asociaba con premisas espiritualistas y giraba en torno a la oposición entre libertad y dogma de obediencia. Esta fórmula interpretativa se mantuvo a lo largo de su vida, superando los cambios tan mentados del pensamiento y la ideología lugoniana aunque, como es obvio, en su etapa militarista la libertad cobró un nuevo sentido y la disciplina alcanzó un lugar central en su cosmovisión. Fue en esta etapa, que Kozel llama jerárquica, cuando Lugones se constituyó en una de las figuras emblemáticas del proceso de conformación del tópico del fracaso argentino. Fundamentalmente, sus alocuciones hacían hincapié en el estado desolador en el que se encontraba la Argentina, articulando en ese diagnóstico razones políticas coyunturales, doctrinarias, ideológicas y geopolíticas. Sin embargo, nunca renunció a la idea de un destino de grandeza como lo evidencia *La Grande Argentina* publicada en 1930 y que fue, precisamente, un llamado a transformar profundamente al país para cumplir con ese sino de gloria. Lugones sostenía por entonces que la Argentina debía elegir entre ser una potencia integral o una republiqueta proletaria. Lo interesante de la perspectiva lugoniana es que el poeta advirtió hacia los años veinte que el futuro de la Argentina podía ser un futuro indeseable, pero ello no lo llevó a plantear que había que retomar la vieja senda, sino a reclamar que se trastocara la ruta para así cumplir con la predestinación.

El tercer capítulo, “Benjamín Villafañe: inminencia de la catástrofe... ¿y de la redención...?”, aborda el estudio del pensamiento de este político e intelectual radical jujeño, nacido en 1877, que tuvo fuertes enfrentamientos con Hipólito Yrigoyen y una larga trayectoria política que lo llevo a desempeñarse, entre otros cargos, como gobernador de su provincia y senador nacional. En 1930 Villafañe apoyó de manera abierta el golpe de Estado que derrocó a Yrigoyen, al tiempo que formó parte de la Legión de Mayo y de la Legión Cívica. Fue en esos años que se definió como un reaccionario que impulsó la anulación de la Ley Sáenz Peña, a la que consideró una letra suicida, y reclamó una organización corporativa del país advirtiendo sobre la inminencia de una guerra social. Asimismo, desarrolló una prédica antiimperialista muy condicionada por la

presión de Estados Unidos para que Argentina abandonara la neutralidad con relación a los contendientes de la Segunda Guerra.

La historia del mundo y no sólo de la Argentina fue leída por Villafañe en clave moral y católica, con entonaciones decadentistas. Sin embargo, nunca dejó de tributar, aun con ambigüedades, a la tradición liberal-civilizatoria. En sus aportes a la construcción de la temática del fracaso argentino Kozel advierte que Villafañe fue un especialista en trazar diagnósticos sombríos de todos los presentes en que fue actuando. Con una prédica severa y vehemente desarrolló un discurso catastrófico-apocalíptico que ponía el acento en las calamitosas presidencias argentinas (de Roca en adelante y sin olvidar nunca un profundo antirosismo), una preocupación creciente y radical sobre la infiltración de idearios subversivos y sobre el materialismo inmoral de los Estados Unidos. Con respecto a esta última cuestión vale recordar que propuso, de manera estentórea, la fundación de una logia destinada a incendiar *Wall Street*. Sin embargo, Villafañe no es un personaje fácil de definir, ya que su pensamiento se encuentra siempre en las fronteras del antimodernismo pero también en las del liberalismo civilizador. Lo cierto es que el pasado cercano era visto como una experiencia lúgubre en tanto que el futuro como catástrofe inminente o, en el mejor de los casos, un futuro cuya resolución sólo sería producto de calamidades y desgracias. Por todo ello dice Kozel, Villafañe puede ser considerado como una figura importante en la conformación y sedimentación del tópico del fracaso argentino.

“Ezequiel Martínez Estrada, *summa negationum*” es el título del cuarto capítulo donde analiza el discurso de este temprano poeta y maduro crítico-ensayista que había nacido en 1895. El impacto de las crisis de 1929 y 1930 se hizo sentir fuertemente sobre Martínez Estrada y sobre su producción intelectual. Producto de esta experiencia fue su libro *Radiografía de la pampa*, según Kozel, una de las más oscuras y desoladas imágenes de la realidad argentina. Por ello, es que su obra es considerada en *La Argentina como desilusión* como un aporte capital para el delineamiento y consolidación del tópico del fracaso y una suma de las “tomas negativas” existentes al momento sobre la realidad argentina y sudamericana. Tan vasto era el catálogo de males que enumeró Martínez Estrada que una recopilación incompleta abarcaría, por ejemplo, la conquista, el mestizaje, la persistencia de lo colonial, Rosas, los inmigrantes, la ineptitud de los dirigentes, Perón, el antiperonismo, la ceguera de los intelectuales y un largo etcétera. Su pensamiento presentaba una dimensión catártica, una dimensión crítica, pero también una dimensión propositiva de fuertes ribetes moralizantes y declaradamente antipolítica.

El pasado argentino no ofrecía a Martínez Estrada elementos que pudieran ser rescatados y mucho menos recuperados. Su perspectiva era original, un ideario muy personal, estrechamente vinculado a la poética romántica, que no incursionó en postulados abiertamente reaccionarios aunque traslucía una dolorosa lectura de la modernidad.

El último capítulo lleva por título “Julio Irazusta o el catálogo de las doradas ocasiones perdidas” donde analiza, obviamente, a esta figura referencial del revisionismo histórico argentino nacido en 1899. Para Kozel, la empresa intelectual de Irazusta es asimilable a la del francés Charles Maurras en varios aspectos decisivos, en particular en la perspectiva del pasado. Ubicado en el laxo espacio del pensamiento tradicionalista y conservador, la obra de Julio Irazusta partió de la historia y la rebasó para adentrarse en el campo de lo ideológico y del campo cultural a partir de tomas de posiciones abiertamente valorativas. En su análisis (que compartía premisas con el de su hermano Rodolfo) el fracaso argentino aparecía vinculado con una deficiencia cultural de la clase dirigente, esencialmente mezquina e incapaz de desarrollar una perspectiva nacional. Lo interesante es que en Irazusta el fracaso argentino era sólo una expresión de un fracaso civilizatorio global. El presente era negativo debido a las malas políticas implementadas que torcieron el rumbo que había inaugurado, al menos en potencia, la época dorada del rosismo.

El libro, de fina escritura, cierra con unas Reflexiones finales (que conjuntamente con la Introducción) permiten conocer las perspectivas teórico-metodológicas y las búsquedas intelectuales del autor, quien, además, en las preguntas que ensaya en la parte final de su obra, va

estableciendo un diálogo con el lector y lo invita a realizar sus propias consideraciones. En ese sentido es muy rico y sugerente el planteo que realiza en torno a la ubicación de las elaboraciones tematizadoras del fracaso argentino dentro del panorama ideológico y cultural y la asociación que hace de esas nominaciones de males con la erosión de una situación de eventual hegemonía. Vinculado con ello, se desprende además la necesidad de considerar el lugar y el papel de los intelectuales en una dinámica como la que analiza el libro.

Como otros investigadores que hemos trabajado a algunos de estos actores y temáticas, Kozel se pregunta ¿qué es lo que lleva a estos escritores a quedar ubicados en el lugar de la crítica profunda de la sociedad?, ¿obedece la provocación del disenso y la puesta en cuestión de las certidumbres a razones predominantemente subjetivas (temperamento, voluntad) u objetivas (ubicación geográfica, condición y trayectoria de clase, formación intelectual, etc.)?, ¿a través de que estrategias construyeron y preservaron su posición en la escena ideológica?, ¿constituyen, más allá de los matices y diferencias, una posible identidad común? Estas y otras cuestiones analizadas hacen que este libro, que resulta de gran interés para los historiadores culturales, de las ideas y de la política de la Argentina del siglo XX, sea también una obra que permite sumergirse en interrogantes profundos relacionados con el papel y sentido de los intelectuales en la modernidad contemporánea y con la posible influencia jugada por ellos en la constitución de imaginarios sociales de largo alcance.

Olga Echeverría
IEHS/CONICET

Sandra Kuntz Ficker, **Las exportaciones mexicanas durante la primera globalización. 1870-1929**, México, El Colegio de México, 2010, 645 páginas.

Desde el título escogido, la obra promete abordar un tema que, por sus características y alcances, podría ser planteado desde múltiples aristas. Estudiar el desempeño de las exportaciones de una de las principales economías latinoamericanas en un período que cubre casi medio siglo constituye, sin dudas, una tarea titánica que la autora logra con notable éxito desde las primeras páginas. Con la propuesta de rastrear la vinculación interna de los procesos y actividades productivas cuya dimensión más notoria fue la conexión con el mercado internacional, este libro es una muestra de análisis de largo plazo ordenado y sistemático en historia económica.

No es la primera vez que Sandra Kuntz Ficker publica sobre el tema. Este trabajo es la profundización y acercamiento respecto de otro anterior que vio la luz hace tres años¹ y de estudios parciales que componen algunos de los principales antecedentes de la investigadora, quien reconoce una labor de más de una década que le ha permitido conocer en detalle los ciclos de los distintos artículos exportables y trabajar con una periodización sólidamente fundamentada.

El recorte temporal reviste un período rico para el estudio de las exportaciones mexicanas, dado que desde mediados del siglo XIX se inició un proceso de integración al mercado mundial que, acentuado en el último tercio de la centuria, por su intensidad y rasgos particulares, no tuvo precedentes en la historia de la humanidad, y que, más allá de las fluctuaciones que le permitieron distinguir entre distintas fases en el auge exportador, se frenó a mediados de la década de 1920 cuando los socios comerciales tomaron medidas proteccionistas. La decisión de la autora de denominarlo como Primera Globalización no es baladí, ya que ello tiene una connotación teórica

¹ Sandra Kuntz Ficker, **El comercio exterior de México en la era del capitalismo. 1870-1929**, México, El Colegio de México, 2007.

definida² y la posiciona en cierto espectro historiográfico que recoge los avances de los últimos años en la historia económica internacional.

La época fue dividida en tres etapas: a) la fase exportadora tradicional desde 1870, heredera del orden colonial, con escasa diversidad productiva, fundada en actividades de recolección, artesanales y de poco volumen; b) el primer auge exportador a partir de 1890, que implicó la incorporación de recursos, la ampliación de la frontera productiva y la llegada de inversiones extranjeras, y c) el segundo auge exportador a comienzos del siglo XX con una nueva diversificación gracias a la consolidación de la metalurgia, la ampliación de las exportaciones agrícolas y el surgimiento de la explotación petrolera.

El libro está conformado por dos partes con sus respectivos capítulos, un apartado de conclusiones y un apéndice estadístico. En primer término, se analiza la era de las exportaciones y su relación con la economía mexicana en general. Luego, el eje se corre hacia las actividades y productos de la época en un examen pormenorizado que denota el fino trabajo antes comentado.

El libro constituye también una muestra de búsqueda exhaustiva de documentación en un período que se extiende desde el Porfiriato hasta la crisis de 1929. Para la reconstrucción estadística elaborada por la propia autora, que se exhibe detalladamente en gráficos y cuadros en los distintos capítulos y en un apéndice destinado a mostrar las series de valor de las exportaciones mexicanas, se utilizaron fuentes nacionales (anuarios de comercio exterior y navegación, boletines fiscales y noticias sobre movimientos marítimos, entre otros) y documentación equivalente extranjera procedente de los principales socios comerciales: Alemania, Argentina, Bélgica, España, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña.

La primera sección consta de dos capítulos. Ya desde el primero, el lector queda advertido de que se trata de una tesis histórico-analítica; no sólo se apela a desentrañar el rol del Estado en un plano interno ubicando algunas de las políticas públicas que propendieron directa o indirectamente al estímulo de las exportaciones, sino también las relaciones internacionales que incidieron en el desarrollo exportador. El segundo capítulo es quizás el de mayor impacto historiográfico. Las ideas allí vertidas no sólo llaman a la reflexión sobre el desempeño del sector exportador en México, sino que podrían ser utilizadas para pensar las realidades contemporáneas de otros países de la región. Con la intención de rebatir algunos de los supuestos clásicos del estructuralismo o la teoría de la dependencia -tan en boga hasta entrados los años setenta en América Latina y que han marcado los estudios del comercio exterior de la región latinoamericana- como el deterioro de los términos de intercambio y la vulnerabilidad externa, Sandra Kuntz nos invita a pensar que la diversificación productiva y la integración a los mercados internacionales bien pudieran ser caminos alternativos para mejorar la propia performance de la economía nacional. En este sentido, la autora prueba que el comercio exterior no afectó negativamente al sector interno, dados su productividad y financiación mediante el capital extranjero. El abordaje de estos temas abreva en la obra de Leandro Prados de la Escosura en su análisis sobre España.³ Además, y en línea con las premisas propuestas por Víctor Bulmer Thomas para Argentina, hay un reconocimiento de que las sucesivas etapas exportadoras mexicanas no desarrollaron una dinámica destructiva, sino que se acumularon potenciando las dimensiones del auge exportador.⁴ En general, aunque no podría definirse rotundamente por un optimismo acerca del desempeño del sector exportador, se arriba a la conclusión de que si el comercio tuvo efectos ambiguos, de todas maneras, pueden enumerarse algunos inequívocamente positivos.

² Kevin H. O'Rourke & Jeffrey Williamson, **Globalization and History: the Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy**, Cambridge, Massachusetts, US MIT, 2000.

³ Leandro Prados de la Escosura, **De imperio a nación: crecimiento y atraso económico en España, 1780-1930**, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

⁴ Víctor Bulmer Thomas, **La historia económica de América Latina desde la independencia**, México, FCE, 1998.

Hasta hace algunos años tanto en la literatura especializada como en el imaginario popular existía una visión negativa sobre el crecimiento basado en un modelo exportador, harto ligado al concepto de “economía de enclave”⁵, con sus consecuentes efectos nefastos sobre la economía en general (fuerza de trabajo, capital extranjero, régimen fiscal, etc.). El impacto de esta noción en la historiografía fue alto, restringiendo la posibilidad de hacer un estudio desprejuiciado de las exportaciones. Y aquí mismo radica el desafío de la obra que reseñamos.

La segunda sección está compuesta por siete capítulos que reflejan uno de los principales propósitos de la obra: valorar los aspectos de la contribución de las exportaciones al desarrollo de la economía mexicana durante la primera era exportadora, enfocando desde los planos local, regional y de los estados. Se analizan varias actividades productivas que incidieron estadísticamente en el comercio exterior, enfatizando en el intercambio de mercancías y excepcionalmente en las transferencias de metálico, con vistas a determinar el valor de retorno, la derrama económica, los enlaces y cadenas de valor, las inversiones y sus externalidades positivas y las externalidades en relación con la tecnología, la importación de capital humano y el proceso de aprendizaje en la producción.

Notable es que la autora no se dejó llevar por los productos estelares y, por lo tanto, hizo un estudio matizado, con espacio para aquellos bienes que no necesariamente tuvieron un alto impacto en las estadísticas. Para todos los casos, abrió un abanico de complejidades en busca de los alcances y limitaciones de cada uno de ellos, equilibrando el registro entre la narrativa, los gráficos y cuadros antes aludidos y mapas para situar las experiencias económicas en los distintos territorios.

El balance de la minería es paradójico, por cuanto se trató de una actividad con valor de retorno limitado por el origen de las inversiones pero con un impacto económico vasto y positivo por sus dimensiones y difusión geográfica. El henequén fue el más exitoso de los bienes de la cesta exportadora, siendo un virtual monopolio mexicano; otras fibras duras como la palma, la lechuguilla y el ixtle también participaron, generando un desarrollo adicional, pero no fueron lo suficientemente aprovechados para incentivar otras actividades industriales. El café atrajo la atención federal hacia provincias muy pobres y significó la incorporación de recursos ociosos o un uso más productivo, representado diversos efectos sobre las distintas áreas geográficas así como diferentes formas de propiedad de la tierra. Aunque éstos fueron los principales artículos de la canasta agropecuaria, Kuntz preparó dos capítulos anexos para complementarla con otros productos del rubro, en procura de mostrar los rasgos de continuidad y ruptura, así como las transformaciones profundas que denotan el final de algunos procesos productivos y el inicio de otros. En esta vertiente aborda productos tradicionales (vainilla, bienes tintóreos y maderas finas), de recolección (gomas y resinas como hule, chicle y guayule), exportaciones de *vent-for-surplus* (azúcar, tabaco, ganado y algodón) y exportaciones tardías (plátano, garbanzo, tomate -conviene argentinizar el término-, etc.). Hubo lugar también para el análisis del petróleo, cuya historia hunde sus raíces en la etapa previa al siglo XX, pero se impuso desde entonces, y para el estudio de las exportaciones de manufacturas, rubro modesto cuya canasta no fue más allá de algunos productos artesanales tales como hamacas, sombreros de palma, rebozos, sarapes, etc.

Para finalizar, diremos que se trata de un trabajo revelador que, entre otras cuestiones, pone de manifiesto el grado de avance de la historiografía mexicana para algunos tópicos de historia económica que la hacen única en América Latina. La obra ofrece un nuevo modelo interpretativo cuyos resultados nos llaman a la reflexión, y a continuar por la senda de los interrogantes que aborda en el estudio de otros casos de la región.

Agustina Rayes
IEHS/CONICET

⁵ La autora refiere a los trabajos de Juan Luis Sariego.

Miranda Lida y Diego Mauro (coordinadores), **Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950**, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009, 186 páginas.

La Iglesia católica se ha consolidado en la historia argentina como un objeto de estudio que sorteó los límites de la narrativa provista por la historiografía católica. Hasta la década de 1980, el discurso panegírico dominaba la constelación de interpretaciones acerca del papel que cumplió el catolicismo. Paulatinamente, y en consonancia con las transformaciones políticas y culturales que atravesó el país, los historiadores profesionales recurrieron a técnicas y métodos de erudición propios de su oficio para ofrecer nuevas explicaciones y someter a un examen crítico el relato sobre la historia de la Iglesia y el catolicismo. En los últimos años, advertimos un creciente interés en esta temática que se refleja en la proliferación de libros, artículos en revistas científicas y de divulgación, congresos, jornadas de discusión y proyectos de investigación desarrollados en diferentes universidades y centros de investigación. En el diseño de estas producciones reconocemos los atavíos y herramientas conceptuales de la disciplina histórica, además de un importante repertorio bibliográfico y documental que posibilita escrutar los presupuestos de los estudios precedentes; como refiere Marc Bloch en su clásico *Apología para la historia o el oficio de historiador*, el observador recurre a un “conocimiento por huellas” que se transforma y perfecciona.

La compilación realizada por Miranda Lida y Diego Mauro evoca una certidumbre que atraviesa el mundo académico y que los autores ratifican en el texto introductorio del libro (“*Sine ira et studio*”): “la historia de la Iglesia deja de ser una camino más o menos previsible para convertirse por momentos en un desafiante lodazal, en una profunda y oscura ciénaga” (p. 13). El libro incluye un conjunto de trabajos que exploran el papel del catolicismo en Argentina durante la primera mitad del siglo XX desde una perspectiva abierta que comprende diferentes realidades geográficas, políticas y culturales. La atención está enfocada en las transformaciones ocurridas en una sociedad que moldeaba su fisonomía al compás del impacto que produjeron los movimientos migratorios, el crecimiento económico-productivo, la expansión de la urbanización y, por supuesto, la participación política de las masas. En este escenario, los actores y el tenor de las estrategias, alianzas y redes relacionales son el centro de atención. Los autores inscriben su obra en el marco de las propuestas analíticas que rastrean las continuidades en la sociedad, en la política y en la cultura de los años 30, incluyendo en el abanico de posibilidades el papel de la Iglesia católica en esta coyuntura histórica (p. 14). De esta forma, permite acceder a una minuciosa reconstrucción de las movilizaciones y diversas formas de sociabilidad católica desplegadas en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y Tucumán, además del análisis referido al Territorio Nacional de La Pampa. La selección de artículos da cuenta de una amplia perspectiva historiográfica que refleja el dinamismo de estas investigaciones y las implicancias que genera la relectura de las fuentes y de los primeros trabajos de factura confesional.

La propuesta de Lida y Mauro se inserta en la línea de los aportes pioneros de Loris Zanatta, Roberto Di Stefano, Néstor Auza, Susana Bianchi, Fortunato Mallimaci, Lila Caimari y Luis Alberto Romero, entre otros representantes y referentes de este campo de estudio. A modo de reconocimiento, el libro incorpora la reedición de un artículo de Luis Alberto Romero que en oportunidad de su primera publicación, a fines de la década del 1990, actuó como un estímulo para nuevas generaciones de investigadores. Se trata de “Católicos en movimiento. Activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-1946”, trabajo en el que Romero rastrea los “ámbitos mínimos” que moldearon la movilización católica en una parroquia barrial y recupera el análisis de la acción pastoral y militante del párroco Lavagnino para organizar y revitalizar la movilización católica en

Chacarita durante un acotado período (1938-1946) signado por una etapa de movilización general de la sociedad.

En el primer artículo del libro, “El catolicismo y la modernización urbana en Buenos Aires. Notas sobre las transformaciones en la movilización católica, 1910-1934”, Miranda Lida, reflexiona acerca de las particularidades de la movilización católica en la ciudad de Buenos Aires en un contexto de desarrollo urbanístico y profundas transformaciones sociales como lo fue el período comprendido entre el Centenario y los primeros años de la década del 1930. Asimismo, destaca las estrategias y prácticas implementadas por los promotores y activistas católicos para atraer a una sociedad que poseía recursos culturales, tecnológicos y, esencialmente, una avidez por exteriorizar en celebraciones públicas la representatividad creciente de la presencia católica. Por tanto, Lida incorpora en su análisis el impacto que produjo la modernización, el crecimiento demográfico y el desarrollo de variadas expresiones culturales en el efecto multiplicador de las convocatorias dirigidas hacia la grey católica que, a diferencia de los primeros años del siglo XX, respondía en forma “abrumadora e inesperada” al llamado de la Iglesia.

El carácter progresivo de las movilizaciones católicas y las repercusiones de la visibilidad de la ceremonia de adoración a la Virgen de Guadalupe en Santa Fe en el período de entreguerras es analizado por Diego Mauro en “Las multitudes católicas y la devoción guadalupana. Sociedad, política y cultura de masas en Santa Fe y Rosario (1900-1940)”, texto en el que Mauro identifica los “recursos del mercado” y la puesta en valor de los potenciales intereses de los “consumidores” en la etapa propagandística que precedía las celebraciones católicas. En definitiva, el autor ratifica los presupuestos que sostienen la imbricación existente entre un crecimiento de las movilizaciones católicas a partir de 1930 y las transformaciones que determinaron la constitución de una sociedad de masas.

Desplazando el foco de atención a espacios geográficos menos urbanizados y con una realidad jurídica e institucional específica de los denominados Territorios Nacionales, Ana María Rodríguez (“Parroquias, misioneros ambulantes y feligreses en la Pampa Central, 1896-1934”) identifica una novedosa forma de intervención católica en estas áreas marginales: los misioneros ambulantes. En un amplio territorio con una débil asistencia estatal, la autora relata el carácter diversificado de la acción de los misioneros y acierta al proponer que la intervención de los representantes de la Iglesia católica en La Pampa no sólo fue la atención espiritual ya que, por el contrario, oficiaron de adalides del poder estatal en su interés por “civilizar” estas remotas regiones.

El artículo de Gustavo Andrés Ludueña, “Misiones Benedictinas y sociabilidades católicas durante el cambio de siglo en Victoria, Entre Ríos”, en sintonía con los demás trabajos del libro, explora las diversas estrategias de acción misional, las articulaciones y las redes de sociabilidad que desplegaron los representantes de la Orden Benedictina en una incipiente ciudad entrerriana a comienzos del siglo XX. Así como la propuesta de Rodríguez ofrecía las particularidades del caso pampeano, reconocemos similitudes en la investigación referida a la presencia de los benedictinos en Entre Ríos y en la dificultad para efectivizar la penetración católica en espacios poco urbanizados. Esta condición permite destacar la relevancia del poder simbólico que pesaba sobre los sacerdotes en este mundo rural.

El análisis del incremento del asociacionismo católico cordobés en 1930 es autoría de Jessica Blanco (“La Acción Católica y su contribución a la “re Cristianización” de Córdoba en los años 1930”), quien efectúa una identificación de las actividades y propósitos de la Acción Católica Argentina (ACA). Esta asociación logró desplazar a otro tipo de iniciativas similares y, en consecuencia, constituyó un canal para la expresión de los católicos en la vida pública mediante la presencia y despliegue en ámbitos escolares, laborales, medios de comunicación y todo tipo de actividades recreativas. Las particularidades de los casos provinciales se presentan como una constante en el libro y la contribución de Lucía Santos Lepera (“La Acción Católica tucumana. Sociabilidad y cultura religiosa en la década de 1930. El caso del Centro de Hombres de San Pablo”) nos traslada a la realidad tucumana para entender los mecanismos de gestación de la ACA.

La autora realiza especialmente un prolijo análisis de la dinámica de funcionamiento del Centro de Hombres de San Pablo y su vinculación con la actividad azucarera en la pequeña localidad tucumana de San Pablo. La perspectiva de Santos Lepera permite identificar un tipo de relación paternalista y fuertemente condicionada por un medido cálculo de costo-beneficios (patrón-obrero) en la base del funcionamiento de la asociación. Finalmente, la contribución de Natalia Arce (“Ni santos ni pecadores. Notas sobre catolicismo y vida cotidiana. Buenos Aires, décadas de 1940-1950”) indaga en las prácticas religiosas cotidianas “puertas adentro” en Buenos Aires. En este sentido, descentra la atención de las grandes movilizaciones populares que exploran la mayor parte de las investigaciones del libro y posee el mérito de aportar nuevos indicios sobre la forma en que los sectores populares imprimen sentido y significación a la religiosidad sin eludir la influencia del clima ideológico que caracterizó los años 1940-1950.

En definitiva, *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950* representa un esfuerzo colectivo de acabada manufactura, coherencia temática y una propuesta metodológica que incorpora la perspectiva regional en torno a un mismo objeto de estudio: las movilizaciones católicas y las variadas estrategias empleadas para la consecución de las mismas. La atención de la publicación se dirigió hacia la coyuntura política y social argentina de la primera mitad del siglo XX y en ese camino logró incluir a la Iglesia católica para explicar, exponer y revisitar el papel de esta institución en procesos históricos de mayor alcance. A modo de síntesis, el libro constituye un singular aporte a la historiografía argentina, en especial, al papel desempeñado por la Iglesia católica y por sus actores sociales.

Marisa Moroni
IESH-Universidad Nacional de La Pampa/CONICET

Sara Ortelli, **Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)**, El Colegio de México, 2007, 259 páginas.

Como sucede en otras zonas de frontera hispanoamericanas, uno de los mitos fundacionales del norte de México, quizá el más importante y persistente, descansa en la *conquista del desierto* y sus *bárbaros*. Sostenida en los discursos identitarios, defendida en las convicciones populares, está también presente en la historiografía, sobre todo en la regional que por lo general también es regionalista. A pesar de ello, en la última década el asunto ha sido sometido a crítica académica por varios autores, inconexos entre sí, con diferentes productos que comparten algunos rasgos: el uso e interpretación de fuentes ya conocidas pero poco trabajadas, el esfuerzo por problematizar, la invitación a estudiar una sociedad más compleja que lo hasta ahora planteado y, triste es decirlo, su limitadísimo impacto en la propia región.

Tal es el caso de Cuauhtémoc Velasco Ávila, quien propone la existencia de una historiografía propia de los pueblos de la frontera norteña y desarrolla la memoria comanche durante el siglo XIX.⁶ Otro ejemplo es el trabajo de Martha Rodríguez García⁷, quien analiza desde una perspectiva posmoderna la guerra contra los bárbaros en el mismo siglo para proponer la existencia de una *guerra imaginaria*, en contraste con la guerra total que suele relatarse.

⁶ Cuauhtémoc Velasco Ávila, **La amenaza comanche en la frontera mexicana, 1800-1841**, Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998; **Tierra de guerra viva: nómadas y civilizados en el noreste mexicano, 1800-1885**, Archivo General del Estado de Nuevo León, Monterrey, 2003.

⁷ Martha Rodríguez García, **La guerra entre bárbaros y civilizados: el exterminio del bárbaro en Coahuila, 1840-1880**, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos, Saltillo, 1998.

La historiadora argentina Sara Ortelli se suma al movimiento y atiende la problemática, probablemente con algunas ventajas. Proviendo de una tradición historiográfica que con anterioridad se enfrentó a los mitos del bárbaro pampeano y la *Campaña del Desierto*, contó con herramientas teórico-metodológicas pertinentes para el caso, destacando la posibilidad de la historia comparada. Aunemos a ello su inteligencia, tenacidad y probado esfuerzo: el resultado es una obra brillante, editada con mejor calidad, distribución y respaldo que los textos antes referidos.

Desarrollada como tesis doctoral en El Colegio de México, *Trama de una guerra conveniente* mereció ser premiada por la Academia Mexicana de Ciencias como la mejor tesis de doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades de 2003 y editada por El Colegio de México en 2007. El objeto de estudio en el texto es la sociedad militarizada del Septentrión novohispano -no los apaches en guerra- lo cual ya en sí es provocador. Se centra en la provincia de la Nueva Vizcaya y a más precisión, en una porción que incluye los reales de minas de Parral y Santa Bárbara y los valles agroganaderos de San Bartolomé y Ciénega de los Olivos.

La investigación se desenvuelve en varias direcciones convergentes. Por un lado, analiza la organización defensiva en el norte, tanto como un aparato administrativo que como un aparato ideológico que se autojustifica. Ante la implementación de las reformas borbónicas, la promoción del miedo al “apache” invasor garantizó a mediados del siglo XVIII el mantenimiento de privilegios fiscales y cierto grado de autonomía política, de presidios y oficios militares, de salarios y sínodos. No deja de ser curioso que al modificarse la estrategia de la Corona española para enfrentar el conflicto alzado en las fronteras en la década de 1790, desaparece la guerra “apache”.

Después identifica a los partícipes de los grupos alzados dedicados al saqueo (*los infidentes*) y muestra que detrás del genérico “apache” se ocultan congregaciones en las que participan todos los grupos socio-raciales (españoles, indios, mestizos y mulatos). El resultado es que, a medida que avanzamos en la lectura, se desvanece la imagen del apache (noble altivo o cruel bárbaro, según el gusto de cada quien) que se resiste al avance civilizador, para quedarnos con personas que han hecho del bandolerismo una forma de vida integrada a la sociedad colonial.

Por último, disecciona las formas de saqueo y robo asociadas a la rebelión apache, para mostrarla como un complejo económico que articuló la circulación de ganado, con dos expresiones no siempre bien separadas. Fue llevada a cabo por grupos de marginados y rebeldes que se asentaban en las zonas fuera de control, pero también por grupos de vecinos propietarios que manejaban el robo como empresas familiares (autoridad incluida), fuente rentable para el abasto de insumos en el amplio norte novohispano. El ejemplo desplegado con la familia Sáenz, redomados delincuentes de San Antonio del Tule, es por demás convincente. Me quedo con la sensación de una historia económica regional que ha soslayado las facetas ilegales, algo que debemos resolver a corto plazo para comprender el devenir de las fronteras, sin importar si son vacas robadas o pacas de mariguana lo que se mueve en los mercados.

Las fuentes empleadas por Ortelli son numerosas aunque me parecen poco espectaculares. Recurrió principalmente a colecciones organizadas, dispuestas y explotadas desde hace décadas por cualquier cantidad de historiadores, como los archivos municipales de Parral o Saltillo, los archivos estatales de Coahuila y Durango, el Archivo General de la Nación o el General de Indias. Lo novedoso de su uso es desconcertante: leyó los documentos. Así de sencillo. Por ejemplo, en vez de recitar el título de la carátula y asumir el bandolerismo atribuido a los apaches, decidió leer los expedientes para constatar que los supuestos apaches eran seres fantasmagóricos que provocaban más miedo que daño y que en muchos casos eran simples chivos expiatorios de banales robos de ganado. De igual modo, expone los argumentos e intereses particulares de los funcionarios, misioneros y propietarios de la zona, restándole heroísmo a la *guerra apache* y sumándole humanidad al asunto.

Trama de una guerra conveniente ha sido considerada en diferentes investigaciones y ha merecido varias reseñas⁸, aunque en algunos sectores del medio académico norteño ha habido cierta resistencia para aceptarlo; en lo personal, asumo que se debe a que pone en entredicho uno de los mitos fundacionales de ésta y cualquier otra frontera hispanoamericana: el de la guerra interminable con el bárbaro y la inhóspita naturaleza, ambos hechos un solo reto para el *auténtico* fundador. Quizá sea el momento de afrontar comparativamente, como un solo problema historiográfico la conquista-colonización de nuestras fronteras norteñas, sureñas e interiores.

Hoy, mientras el norte de México se ahoga en sangre, urge una historiografía desmitificadora que nos obligue a aceptar la realidad social, tan compleja como es. En momentos en que la violencia embrutece es muy fácil que se asuman como verdaderas interpretaciones particularistas y racistas (“la culpa la tienen los de fuera, los indios”) que buscan sustentarse en un pasado inexistente. Que el quehacer científico cree un espejo, pequeño pero imbatible, en el que se refleje la riqueza de nuestra humanidad.

Raúl García Flores

Escuela Nacional de Antropología e Historia - Chihuahua

Jean-Guy Prévost, **A Total Science. Statistics in Liberal and Fascist Italy**, Montreal, McGill-Queens's University Press, 2009, 335 páginas.

La sociología histórica de la estadística pública extiende sus análisis más allá de los siglos XVIII y XIX, impulsada por el interés académico de explicar las transformaciones acontecidas en esta plataforma, semi-burocrática y semi-científica, que se consolida y jerarquiza dentro de los estados nacionales en expansión. A través del concepto de campo de Pierre Bourdieu, Jean-Guy Prévost reconstruye magistralmente el peculiar desarrollo de las posiciones de administradores públicos y de docentes universitarios que enriquecieron la tradición estadística italiana, en la primera mitad del siglo XX. En su desplazamiento temporal, dicha reconstrucción se suma al debate sobre el papel de las tecno-burocracias en los regímenes totalitarios.⁹ El *corpus* de fuentes utilizadas para analizar las prácticas y estrategias de esta comunidad de especialistas en probabilidades proyecta una imagen racional y científica sobre las dimensiones culturales del fascismo, matizando la visión historiográfica canónica habituada a destacar conductas románticas, irracionales y místicas.¹⁰

La investigación de Prévost no intenta ser una historia ortodoxa de la tradición estadística nacional integrada por un repertorio de dispositivos formales, metodológicos y técnicos ni un mero compendio de teorías demográficas y económicas aportadas por *studiosi* y *tecnici*. Precisamente

⁸ Por ejemplo, las reseñas de Thomas Calvo en **Historia Mexicana**, Vol. LVIII, El Colegio de México, 2008; Martha Delfin en **Mundo Agrario. Revista de Estudios Rurales**, N° 15, Universidad Nacional de La Plata, 2007; Cynthia Radding en **The Americas**, Vol. 66, The Academy of American Franciscan History, 2010; Tomás Mantecón Movellán en **Historia Agraria. Revista de Agricultura e Historia Rural**, Universidad de Murcia, 2010; José Cuello en **Colonial Latin American Historical Review**, Vol. 15, N° 4, University of New Mexico, 2010; Joaquín Rivaya-Martínez en **Hispanic American Historical Review**, Duke University Press, 2011.

⁹ J. Adam Tooze, **Statistics and the German State, 1900-1945**, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; Alain Blum y Martine Mespoulet, **L'anarchie bureaucratique. Statistique et pouvoir sous Staline**, Paris, La Découverte, 2003.

¹⁰ Línea de trabajo novedosa cuya estimulante propuesta ha sugerido, entre otros, Francesco Cassata, en **II fascismo razionale. Corrado Gini fra scienza e politica**, Pisa, Carocci, 2006, p. 12.

estas son dos perspectivas más para revelarnos la existencia de un *proyecto intelectual específico* que comprometía a quienes se definían a sí mismos como estadísticos, más allá de las inevitables diferencias y rivalidades entre ellos. Dicho proyecto, la ciencia total, pudo mantener la unidad firme y sin fisuras entre el cálculo de probabilidades, la producción de series de datos cuantitativos y el análisis de fenómenos económico-sociales, prácticas que en otros países conducían hacia la delimitación disciplinaria y la departamentalización. Según el autor, esto fue posible gracias al doble juego posicional -académico y burocrático- y a la relativa autonomía y estabilidad colectiva en el tiempo. A lo largo del trabajo, no obstante, surge el problemático contexto político italiano –declive del liberalismo, intervención estatal de la economía en la primera posguerra, expansión colonial y participación en la Segunda Guerra Mundial– como un factor subyacente pero decisivo para la expansión de roles tecno-burocráticos. La figura descollante, la amplia trayectoria y los inagotables aportes de Corrado Gini –fundador de la revista *Metron*, en 1920, y creador del Istituto centrale di statistica (ISTAT), en 1926, entre otras múltiples tareas– son piezas maestras de la expansión, consolidación e influjo del campo estadístico peninsular. En la estructuración de dicho campo convergen el mundo académico y la ciencia pura, con sus cátedras, laboratorios, institutos, escuelas, foros, sociedades científicas, reuniones y redes de publicaciones; sin olvidar las prácticas que sumergen a los estadísticos en la realidad, en tanto funcionarios gubernamentales e investigadores privados. Tal estructuración precedió y sobrevivió al fascismo. Prévost prueba que en la Italia fascista jamás sucedió la completa desestructuración de la profesión que, en cambio, se experimentó en la Unión Soviética: soportaron críticas a ciertos resultados e incluso censura y, luego, muchos de ellos salieron airoso de los cargos levantados por tribunales antifascistas. De igual modo, el exacerbado nacionalismo de los *camisas negras* no permite comparar la experiencia italiana con la ciencia aria nazi. Bajo el fascismo hubo una feliz convergencia entre ciencia y política, al menos hasta que el régimen fascista alcanzó un alto grado de totalitarización: la sanción de las leyes antisemitas (1938) puso en tensión a buena parte de la comunidad estadística. Es conveniente entonces juzgar la estadística oficial italiana como un lugar de encuentro entre especialistas en probabilidades, burócratas y cuadros políticos, donde los primeros pierden progresivamente autonomía al calor de las exigencias ideológicas y radicalización de los últimos.

El libro se divide en dos partes. La primera trata sobre la emergencia, estructuración y consolidación del campo estadístico italiano y contiene tres capítulos. La segunda –integrada por dos capítulos–, está dedicada a la ciencia total. En el capítulo 1, “La emergencia de la estadística italiana contemporánea”, Prévost reconstruye la constitución de una disciplina autónoma que delinea fronteras distintivas tanto con otras disciplinas como con potenciales competidores, que da a sus practicantes un repertorio conceptual y técnico con el que adquieren el dominio de una destreza específica y redefinen cierto número de conceptos, problemas y objetos. Esto fue posible gracias a la apropiación del cálculo de probabilidades, nociones previas poco familiares pero que desde entonces se situaron como elementos centrales en el núcleo de la disciplina. No menos importante fue el desarrollo del coeficiente de Gini –en el marco del debate propuesto por Vilfredo Pareto, sobre la curva de distribución de la riqueza–, una herramienta flexible que pudo mejorar la imagen de la estadística como método y como ciencia. El autor no olvida el examen de los otros estadísticos, aquellos que quedaron excluidos o marginados y quienes no incorporaron las nuevas destrezas, vitales para el reconocimiento del medio dada la redefinición establecida.

El capítulo 2, “Espíritu emprendedor y rivalidades: los estadísticos en el mundo académico”, es quizá uno de los más interesantes. Allí se demuestra que hacia el fin de la Primera Guerra Mundial era evidente el amplio manejo de la comunidad italiana –ocupada también en laboratorios, industrias, bancos, empresas de seguros– de teorías, hipótesis, técnicas y problemas (correlaciones, coeficientes, índices numéricos, métodos representativos, etcétera). Los profesionales egresaban de un sistema universitario nutrido de cátedras que inauguraba *laboratori*, donde docentes y estudiantes unían esfuerzos en una labor intensiva de trabajo colectivo en la elaboración y análisis de datos. Otro de los hallazgos del trabajo es la reconstrucción de la amplia

red de publicaciones periódicas: empresas culturales sin un centro hegemónico organizadas mediante polos geográficos (Milán, el eje Padua-Roma, el eje Trieste-Florenia y Bologna), en los que se distinguen figuras e instituciones representativas. El proceso de consolidación tuvo un *impasse* como producto de dos hechos casi contemporáneos. Por un lado, la bipolarización de la comunidad estadística, pues dos sociedades se fundan y contraponen sendas visiones: mientras la *Società italiana di demografia e statistica* –impulsada por Livio Livi, en noviembre de 1938– defendía una práctica profesional estrechamente ligada a los objetivos de la política poblacional fascista, la *Società italiana di statistica* –creada por Gini, en enero de 1939– se ponía un paso más adelante, al delimitar como objetivo el desarrollo teórico-metodológico, que atenuaba la vigilancia ideológica. Por otro, las leyes antisemitas provocaron una purga académica y una diáspora de especialistas, matizando la consideración historiográfica de juzgarlas como un hecho inesperado y oportunista. Este dramático episodio contiene una incisiva reconstrucción en la que Prévost despliega el desarrollo de un estado del arte de las investigaciones que se convirtieron en instrumental de legitimación de la xenofobia que rigió desde 1938 y que, a partir de entonces, quedaron sometidas a las presiones fascistas. Al mismo tiempo, recupera las solidaridades profesionales con los pares caídos en desgracia –expulsados de comités editoriales, de cargos universitarios y de puestos gubernamentales– y las voces discordantes, veladas detrás de debates académicos.

El capítulo 3, “La política de los expertos: los estadísticos y el estado”, es una antesala de la segunda parte, donde presenta la conformación de una elite tecno-burocrática, en medio de la Primera Guerra Mundial y de los años posteriores. Corrado Gini, Gaetano Pietra y Luigi Galvani, entre otros, ocuparon cargos en los programas de movilización e identificaron sus saberes con el esfuerzo bélico italiano. De igual modo, ellos mismos y otros muchos más representaron a su nación como delegados en diferentes encuentros internacionales y colaboraron con los organismos creados en la primera posguerra. Prévost argumenta que cada uno de los episodios de la turbulenta década transcurrida hasta la instauración del estado fascista (la guerra, la planificación de recursos, la intensa actividad diplomática posterior, la recuperación económica, el *biennio rosso*) consolidó el lugar de los estadísticos, estrechando contactos entre la ciencia, la administración y la política. Este ascenso se coronó con la creación del ISTAT, modelo de la eficiencia y productividad fascista, que amplió considerablemente su *staff* y su material impreso, de modo tal que el sesgo temático fue paralelo a la política demográfica, desatendiendo las estadísticas laborales y sacrificando las económicas. La significativa integración de la academia y la burocracia constituye una ruptura con lo ocurrido en la Italia de la preguerra y respecto a lo sucedido en otros países en entreguerras.

El capítulo 4, “Forma y substancia: una ciencia arquitectónica”, trata del ascenso de la ciencia total de Gini. La consolidación del programa neo-organicista ofrece una explicación convincente sobre la débil institucionalización de la Sociología, dada la plena apropiación de la investigación social y volcada a servir mediante trabajos de campo a la política de expansión colonial, desde el *Comitato italiano per lo Studio dei problemi della popolazione* (CISP). Dicha consolidación también explica, por causas políticas, la simbiosis de la estadística y la demografía. Un caso peculiar es la economía, el polo opuesto a la estadística giniana: si aquélla era deductiva y recurría a la matemática, ésta defendía una metodología inductiva, lejos de postulados *a priori*. La hegemonía de la ciencia total alcanza su máximo esplendor con la edición del ISTAT, bajo la dirección de Gini, del monumental *Trattato elementare di statistica* (1934-1942) cuyos seis volúmenes encierran las relaciones de fuerza existentes entre los especialistas y las disciplinas tratadas (metodología, demografía, antropometría, biometría, economía y estadística social). El capítulo final, “Teoría y práctica del totalitarismo” es un complemento del anterior. Prévost realiza un creativo juego de espejos entre el presente bajo el fascismo –entusiasta con la conquista de Etiopía– y el análisis retrospectivo del pasado. Bajo el milagro italiano no hay autocrítica sino confesiones de unos adultos mayores desilusionados, dada la ausencia de elementos moderados y cultivados en el *ventiennio*, evocaciones que dejan oscurecidas conductas colectivas cautelosas y

conformistas. Los estadísticos, por ejemplo, con el concepto de “Patología política”, se sumaron al repertorio de críticos nacionalistas a la democracia parlamentaria italiana.

Más allá de las vicisitudes de los practicantes de las probabilidades y de sus aportes científicos al régimen fascista, lo cierto es que la equilibrada e imponente investigación de Jean-Guy Prévost permite apreciar la envergadura intelectual de una tradición científica nacional que, paradójicamente, le da alcance europeo continental al denominado modernismo reaccionario.¹¹

Hernán González Bollo
IEHS/CONICET

David Priestland, **Bandera Roja**, Barcelona, Editorial Crítica, 2010, 669 páginas.

Liberación, igualdad y modernidad. Estos conceptos pilares de Prometeo, aquel Titán colaborador de los mortales en la mitología griega, son absorbidos por Karl Marx para elaborar el sostén ideológico del socialismo. Ya en el siglo XX, el comunismo llevaría a la práctica las recetas del *prometeo alemán*, aunque las combinaciones no siempre fueron equitativas: en algunos casos, la igualdad extrema venció al resto de los elementos, mientras que en otros, el modernismo arrasó con cualquier intento de igualitarismo y más aun de liberación. Bajo esta premisa inicial, *Bandera Roja* nos invita a recorrer el trayecto del comunismo en todo el mundo durante los últimos dos siglos. Este deseo de bucear en su historia nace al calor de los recientes cimbronazos vividos por el capitalismo en la última década como lo fueron la crisis financiera de 2008 y el atentado a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001. De esta manera se explica que, para el autor, tenga más atractivo revisar la historia del comunismo hoy que en la década del '90, y por supuesto, las razones de su fracaso como sistema alternativo.

Aquellos componentes originarios de la doctrina comunista funcionan como eje transversal del libro por el cual Priestland nos llevará a conocer el grado de desarrollo de cada uno en todos aquellos países en los cuales se abrazó al comunismo. Por ende, su proyecto resulta más que ambicioso: la historia se inicia con la Revolución Francesa (citada como el *primer desafío de Prometeo a Zeus*) hasta el día en que dejó de izarse la bandera de la URSS en el Kremlin. Este recorrido necesario, aunque no estrictamente lineal, también incluye con abundancia los casos más emblemáticos del Tercer Mundo. Con respecto a esto último, se destacan como aporte las comparaciones que el autor realiza a lo largo del libro entre la evolución y el desarrollo del comunismo en la Unión Soviética y en China. Pero vale la pena detenerse en algunos pasajes: la historia del socialismo durante el siglo XIX es brevemente resumida en los primeros capítulos, detallando las fuentes principales de inspiración de Marx (Rousseau, Babeuf, Sant Simon) y examinando las razones del fracaso de la Segunda Internacional. Aquel universal proyecto no se extinguió por las divisiones intestinas, sino más bien por una mixtura del febril nacionalismo con un sólido imperialismo dominante. El inicio de la Gran Guerra en 1914 haría el resto.

Pero, como sabemos, la evolución del marxismo cobra un giro espectacular con la Revolución Rusa: el pulso de esta revolución, acontecida con unas particularidades determinantes para el resto de su derrotero, llevará a que triunfe el factor modernizante por sobre el resto de pilares prometeicos, justificando así el radical disciplinamiento posterior. Para Priestland, la toma del poder en octubre por parte de los bolcheviques se reduce a una mera insurrección en un marco colectivo de rebeldía popular. Se trataba de un hartazgo generalizado de la población hacia el

¹¹ Jeffrey Herf, **El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich**, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

régimen zarista, prolongado durante el Gobierno Provisional y capitalizado correctamente por Lenin y sus huestes. Así es como los bolcheviques alcanzan el poder. De esta manera, Rusia pasó de la euforia a un rígido disciplinamiento, control, y una estatización abrupta necesaria para implantar el nuevo orden. Con este pensamiento, Priestland promete filtrarse en el debate sobre de la Revolución de Octubre existente hasta ahora. Se suma, desde esta perspectiva, a una lista de historiadores (Sheila Fritzpatrick, Robert Service, por nombrar algunos) que no encuentran sustanciales diferencias ideológicas entre Lenin y las políticas llevadas a cabo por Stalin. En otras palabras, para Priestland, Stalin se encuentra lejos de ser el único culpable del estalinismo.

En la segunda mitad de este libro/ensayo, el autor prosigue con el recorrido de los distintos experimentos comunistas desde las siguientes claves: hubo en la práctica, con distintos matices, un “marxismo romántico”, asociando este estilo a los escritos del joven Marx, más idealista que pragmático; un “marxismo modernista”, referido al Marx maduro, y hasta una variante de tipo “radical”. Priestland ofrece un ejemplo para cada caso: Jruschov y Gorbachov representan claramente el ala romántica gracias a sus intentos (en algún caso fallido, en otro materializado) de reformas dentro de propio PCUS para reducir el sectarismo, la centralización y la burocratización que asaltaron al seno del partido desde los tiempos del estalinismo. Brezhnev en los años ‘60 simboliza el momento más tecnocrático, llegando a rotularlo como el “dirigente soviético más parecido a Stalin”. Por último, la versión más radical de estas variantes por fuera de la Unión Soviética las interpretan Mao Zedong y el camboyano Pol Pot.

La *sovietización* de Europa del Este tras la Segunda Guerra Mundial también se coloca en el podio de los aciertos de Priestland. El crédito extraído por parte de la URSS en la liberalización de la zona a manos del nacionalsocialismo será aprovechado por Moscú para consolidar, desde 1948, un dominio abrumador del Partido en cada país, condenando a los distintos países a formar parte de la comúnmente llamada “órbita soviética” (con la excepción de Yugoslavia).

Para abordar los años finales del comunismo, Priestland se une a la perspectiva generalizada de justificar el súbito desmembramiento de la URSS por razones de índole intrínsecas, señalando a Gorbachov como el gran responsable de este final gracias a su quijotesca tarea de reformar aceleradamente un sistema francamente raquítico y en decadencia. Acompañan a este desarrollo un completo análisis de los diferentes casos europeos que sucumbieron a partir de 1989, con un especial énfasis en Polonia.

Pero *Bandera roja* no se limita a ser únicamente un libro sobre la historia política del comunismo. El autor nos permite relacionar la pintura, la literatura, el cine y hasta una exposición de arte con el mismo momento histórico que se propone analizar. De esta manera, colabora con la comprensión de obras como las del admirable director de cine Sergei Eisenstein de acuerdo al momento preciso que atravesaba la URSS al momento de filmar, o el papel de la Exposición Internacional de Arte en Francia durante el año 1937, destinada a promover nada menos que la paz y la reconciliación en plena Europa de entreguerras.

Por último, el libro cuenta con un eficiente índice onomástico, así como con una abundante bibliografía, acompañada de ilustraciones que refuerzan lo declarado a lo largo de los capítulos. Se le suman además interesantes aportes del traductor, Juanmari Madariaga.

Bandera Roja está llamado a ser un libro de referencia obligada para quienes intenten bucear en la historia del comunismo. La agilidad de su lectura (complemento ideal a su voluminosidad), la riqueza en la argumentación de sus ideas centrales y la amplitud del espacio analizado, permiten definirlo como un atractivo intento de acercarnos a conocer, con la distancia que el tiempo nos otorga, la naturaleza política, social, económica y cultural del comunismo a lo largo del siglo XX. Para el autor, las discusiones sobre las distintas experiencias comunistas aplicadas durante todo el siglo no se encuentran agotadas en la medida en que no desaparecieron las causas que las engendraron. Este libro ofrece, por lo tanto, una interesante pista para continuar con el debate acerca de qué fue el comunismo, en una coyuntura más que propicia para hacerlo.

Miguel Ángel Taroncher, **La caída de Illia. La trama oculta del poder mediático**, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2009, 302 páginas.

Durante 2009, los argentinos, como quien se despereza, nos hemos involucrado en un debate político. La sanción de la Ley de Servicios Audiovisuales provocó una fuerte controversia pública previa y que persistirá seguramente durante algún tiempo en nuestra semiosis social, si es que no refluye al centro de la escena política durante los años subsiguientes. Lo cierto es que no hemos puesto en autos sobre problemáticas tales como libertad de prensa, pluralismo, monopolios multimediáticos, control político sobre los medios, poder mediático... en fin, nos hemos terminado de enterar de que los medios de comunicación masiva pueden ser -y son- actores políticos, pueden influir -e influyen- en las instituciones de la democracia, pueden -y de hecho lo hacen- editorializar permanentemente a través de las noticias que ofrecen -y de la forma en que las ofrecen- a un público que, por menos receptor pasivo que fuere, ve condicionada la agenda pública por los titulares que estos medios le brindan.

Si Miguel Ángel Taroncher no fuera un historiador conocido y respetado por sus colegas que estudian la historia política argentina de la segunda mitad del siglo XX o si no supiéramos que su tesis doctoral -que ha llevado, como todas, años de dedicación- se tituló “Periodismo y periodistas en el golpe de estado de 1966: el derrocamiento de Arturo Illia y la Revolución Argentina”, podríamos atolondrarnos en suponer que el marco de ese debate político habría impulsado la edición de *La caída de Illia. La trama oculta del poder mediático*. Sin embargo, resulta ser producto de una saludable casualidad el hecho de que por fin la política argentina rescatara de un ominoso olvido uno de los tantos problemas que la comunidad académica observa recurrentemente desde hace años. En este caso, la oportunidad política coincide con los trabajos de Taroncher y muy probablemente con muchos de los de tantos investigadores de las ciencias de la comunicación que, desde distintas perspectivas, y haciendo foco en otras temáticas, hacía años que reclamaban en todos los foros la caducidad de la vieja Ley de Radiodifusión.

Concretamente, Taroncher trabaja sobre la forma en que, a través de la prensa política, se va generando un clima de ideas propicio para el advenimiento del golpe militar de 1966: la “Revolución Argentina”. Al leer el libro nos encontramos con los grandes rasgos de las biografías de tres proyectos editoriales, que son a la vez proyectos políticos (*Primera Plana*, *Todo* y *Confirmado*), y los ejes centrales de sus líneas editoriales -y por tanto políticas-, a través de las intervenciones de sendos editorialistas (Mariano Grondona, Bernardo Neustadt y Mariano Montemayor). El foco del trabajo se pone en cuál es la imagen que los tres semanarios ofrecen de la política argentina, el gobierno y el presidente Illia y en cómo sus líneas van confluyendo hacia la consolidación de una única opción política (el golpe de estado) y un protagonista sobresaliente para tal prospectiva (el general Juan Carlos Onganía).

No enumeraremos aquí punto por punto los análisis del autor sobre cada una de las revistas, sólo resumiremos sucintamente que desde el semanario que innova en el periodismo argentino (*Primera Plana*), a la sazón vocero del sector azul de las Fuerzas Armadas, se proclamaba la necesidad de una rápida modernización de la sociedad y la economía del país y, en línea con el pensamiento de las grandes empresas nacionales y multinacionales que publicitaban en sus páginas, se exigía el fin del estado dirigista. El semanario *Todo*, por su parte, aparece como nostálgico del frondizismo; dirigido a un público menos exclusivo, promovía, al igual que el ex presidente, el desarrollo y la modernización como fines últimos del sistema político, cualesquiera

fueren las características de éste y, si bien veía la necesidad de incentivar el libre desarrollo de las fuerzas productivas poniendo límites al intervencionismo estatal en la economía, creía en la necesidad de un estado presente en las áreas estratégicas del sistema. El otro semanario (*Confirmado*), fallida copia de *Primera Plana*, se presentaba como un promotor directo del golpe de estado, que llegó incluso a debatir lo necesario que resultaba para la sociedad el reemplazo de las representaciones políticas por los sectores de interés...

Más allá de sus diferencias, las tres publicaciones y sus editorialistas veían en el gobierno nacional un obstáculo para el desarrollo y la modernización; consideraban que los males de la República se fundaban en una práctica arcaica de la política centrada en el comité. La máquina política impedía que los más capacitados arribaran a cargos de responsabilidad; en lugar de ello, la tradición, la negociación o la prebenda se erguían en los mecanismos de decisión corrientes según la práctica radical. De este modo, en lugar de técnicos capacitados, tenían la responsabilidad de llevar al país al desarrollo los “políticos” que en su función no podían sustraerse de la estrecha proyección electoralista ni de los arcaicos mecanismos partidarios: si las formas de pertenencia y ascenso dentro de la estructura del radicalismo del pueblo se basaban en la herencia partidaria familiar, en la pertenencia desde una “primera hora”, en la adscripción al Plan de Avellaneda (desde estas perspectivas, un proyecto para una Argentina decimonónica), mal podía esperarse que, desde el gobierno, la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) promoviera el dinamismo de la economía y de la sociedad que amenazara de alguna manera el status quo.

También coincidían en insistir sobre la debilidad de origen del gobierno repitiendo que sólo un cuarto del electorado había acompañado la fórmula más votada en elecciones viciadas por la proscripción del peronismo. Pero además se remarcaba una debilidad de índole genética: la UCRP había contribuido enérgicamente al derrocamiento de Arturo Frondizi, por lo que no sólo había truncado una política de desarrollo industrial autónomo del país, sino que carecía de cualquier tipo de autoridad moral. Si desde la oposición se es golpista y una vez en el gobierno se es legalista, la apelación al respeto de las normas constitucionales sólo podía ser hija del oportunismo.

En definitiva, para estas influyentes publicaciones, el gobierno resultaba un compendio de todos los males de la política argentina; y todos se podían resumir en la figura del presidente, Arturo Illia, quien era retratado como un anticuado médico pueblerino que aplicaba recetas insuficientes para gravísimos cuadros. Débil anciano, sometido al intrigante líder del partido, Ricardo Balbín, conducía al país con la lógica de su Pergamino natal o de Cruz del Eje, el tranquilo pueblo cordobés que había elegido para vivir. La difundida caricaturización de Illia como una tortuga aparecía entonces como una lectura elemental del retrato que los feroces críticos del presidente exponían de modo cotidiano desde los editoriales de estos semanarios.

Por el lado del gobierno nada se hacía para contrarrestar estas construcciones. Illia consideraba que la propaganda y las operaciones de prensa distorsionaban la realidad, eran el motor de las grandes expectativas políticas de los ciudadanos y, consecuentemente, generaban altas dosis de frustración. Con una práctica de docencia política, propugnaba un retorno a la “normalidad” republicana en la que la perspectiva mesiánica de la política no tuviera cabida. Las convicciones que profesaba en ese sentido lo llevaban al punto de desatender las áreas de gobierno relacionadas con la prensa. Pese a la creciente preocupación de sus partidarios y funcionarios, el presidente se negaba a responder a los ataques de la prensa golpista y hasta se oponía a presentar las acciones de gobierno de manera proselitista. Así, las sugerencias de hacer actos masivos en momentos políticos favorables o tras tomar medidas que contaran con claro apoyo popular -como la rescisión de los contratos petroleros-, o utilizar, cuanto menos, la cadena de radiodifusión, recibían la negativa del presidente. Inclusive cuando la tensión creció al tornarse inminente el golpe, Illia se encomendó al juicio de la historia, volviendo a rechazar la idea de salir a defenderse públicamente.

Si lo previo pretende ofrecer una remota idea de la densidad de los problemas que aborda el libro, vale recordar también otras cuestiones que nos presenta Taroncher en su trabajo. Además de enterarnos, gracias a una mirada clara y compleja a la vez, de las convicciones de los que pedían

a gritos el golpe, la obra propone también un efectivo repaso de quiénes eran los actores involucrados en esa trama. Así, registramos a Grondona, Neustadt y Montemayor, nos enteramos quiénes eran y qué pensaban; también nos proporciona una mirada de algunos personajes que trascienden a estos periodistas, como Timerman, Illia y Onganía. Todos ellos enmarcados en un contexto adecuadamente construido, que agrega profundidad al trabajo sobre las fuentes de la problemática central del libro.

Y precisamente sobre las fuentes y los recursos teóricos también cabe el comentario, ya que el trabajo del historiador no se limita a una simple exégesis de las páginas editoriales de las tres revistas. Taroncher piensa antes en el periodismo en general y en el argentino en particular, también en su mercado; vale en este sentido la vocación que revela por trascender los esquemas de la propia disciplina abrevando tanto en los teóricos de la comunicación como en los de la crítica literaria. En lo que a la historiografía se refiere, *La caída de Illia* mantiene un claro diálogo (que aparece como cooperativo) con los trabajos de Daniel Mazzei sobre el rol de la prensa en la generación del clima previo a la “Revolución Argentina”. Después desarrolla su investigación que se sustenta en diversas y variopintas fuentes. Además de las revistas sobre las que centra su atención, incluye veinte entrevistas orales a protagonistas y testigos de los procesos en cuestión, las necesarias publicaciones oficiales y los archivos habituales. Las citas y fragmentos escogidos para ilustrar los argumentos revelan destellos del trabajo hermenéutico realizado.

Vale entonces celebrar la aparición de *La caída de Illia*, un libro que facilita seriamente la comprensión de la década del 60, explica con sencillez conceptos problemáticos y es asequible al lector lego sin descuidar el rigor que exigen los académicos. Además, aporta a la comprensión de ésta, nuestra Argentina versión 2010. Keynes, cuando era miembro de la delegación británica que discutía el Tratado de Versalles, exigió a su gobierno que recurriera más a la historia, para que no se repitieran viejos errores, para que los problemas pasaran a ser nuevos. Bueno será, entonces, ver a los medios y a los políticos argentinos comprometidos en los temas que los académicos, entre tantos otros, exigen. La historiografía tiene ejemplos a granel para ofrecer, y los historiadores estamos agazapados esperando que el debate público se abra a los muchos problemas sobre los que nos apasionamos a diario.

Carlos Hudson
Universidad Nacional de Mar del Plata /CONICET

David J. Weber, *Bárbaros. Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*, New Haven and London, Yale University Press, 2005 (Versión traducida al español: *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 2007)

El 20 de agosto de 2010 falleció en Gallup, Nuevo México, David Weber, uno de los más importantes especialistas estadounidenses en la historia colonial y decimonónica del Norte de México y el Sudoeste de Estados Unidos. Los últimos años de su prolífica trayectoria estuvieron dedicados al estudio comparativo de las fronteras hispanoamericanas y de los grupos nativos que entraron en contacto con los españoles durante la era ilustrada. *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes* es el resultado de esos esfuerzos y recoge la experiencia de muchos años de investigación. Este libro contribuye a llenar un vacío importante de la historiografía latinoamericanista, porque responde a un añejo reclamo de muchos estudiosos que habían abogado por la necesidad de abordar

de manera seria y sistemática el estudio de las diversas experiencias fronterizas desde una perspectiva comparativa y a nivel continental.¹²

Aunque una importante parte de sus páginas están dedicadas a analizar las características y las transformaciones de las sociedades nativas que quedaron fuera del control colonial –los llamados indios no sometidos, no reducidos o independientes– *Bárbaros* es un libro que estudia, fundamentalmente, a los españoles. Weber indaga con rigurosidad y a partir de una fina interpretación histórica las diversas miradas de distintos personajes españoles hacia esos grupos, las interpretaciones que a partir de tales miradas ensayaron acerca de ellos y de sus modos de vida, las imágenes que fueron construyendo y los elementos que eligieron para clasificarlos y definirlos.

Weber supo cuidar cada detalle, desde el breve epígrafe que encabeza la introducción y que se refiere “los lugares en los que los puntos de vista dispares entran en contacto” (p. 15).¹³ Estos lugares, en los que confluyen distintas visiones y versiones, pueden estar representados, físicamente, en las fronteras, espacios en los que se relacionan los “otros”, la alteridad, sociedades y modos de vida diferentes. Pero la frase seleccionada por el autor como punto de partida y disparador de sus reflexiones también refiere a los diversos puntos de vista que los españoles desplegaron acerca de las sociedades indígenas americanas; españoles en plural, lejos de una visión monolítica y unívoca, en los diversos papeles que desempeñaron en la empresa colonial, como conquistadores, funcionarios, gobernantes, exploradores, viajeros, misioneros, pensadores. Cada uno de ellos, y los relatos que dejaron plasmados en miles de fojas, también representan un lugar en el que confluyen variados puntos de vista, que fueron muchas veces, incluso, francamente contradictorios.

El periodo de estudio es sumamente rico en tal sentido, ya que la última etapa de los Borbones, en el marco de las reformas que intentaron llevar a la práctica, constituyó un momento en que los diferentes puntos de vista se mostraron con esplendor, afloraron diversos discursos, se discutieron posicionamientos, estrategias y proyectos contrapuestos, lo que permite revisar los distintos puntos de vista, porque como apunta el autor “Tanto entonces como hoy los datos recopilados mediante el uso de métodos empíricos podían leerse de formas diferentes...” (p. 17). Y, en ese sentido, *Bárbaros* también es un libro sobre los historiadores y la manera como hemos abordado el tema de las fronteras y de los indios no sometidos en el contexto del imperio español en América.

Los problemas y los procesos que se van entretejiendo en el relato de Weber se reconstruyen a partir de los aportes de diversas aproximaciones historiográficas, con un marcado énfasis en las propuestas de los estudiosos latinoamericanos. Este es un aspecto que merece ser resaltado, porque no es demasiado frecuente entre los académicos del medio estadounidense. El libro, como el propio autor señala, se nutre de “una bibliografía diferente”, fruto de un recorrido por archivos, bibliotecas y universidades de México, Argentina, Chile y Venezuela, entre otros países. Weber supo establecer un diálogo fluido con un amplio abanico de estudiosos latinoamericanos, desde importantes investigadores hasta estudiantes que escribían sus tesis de grado, reflexionó con ellos, recolectó sus libros, artículos, monografías, tesis y se interesó por los estudios que se estaban produciendo desde el sur del Río Bravo hasta Tierra del Fuego. Esto le permitió tener un conocimiento bastante profundo y detallado, no solo de los procesos locales que

¹² Además de numerosos capítulos de libro y artículos en revistas científicas, pueden mencionarse entre sus obras más relevantes el libro basado en su tesis de doctorado *The Taos Trappers. The Fur Trade in the Far Southwest, 1540-1846*, Norman, University of Oklahoma Press, 1971; *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana*, Madrid, MAPFRE, 1992 y *La frontera española de América del Norte*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000. También, el volumen editado con Jane Rausch, *Where Cultures Meet. Frontiers in Latin American History*, Delaware, Jaguar Books, 1994.

¹³ Tomado de Bárbara Kingsolver, *High Tide in Tucson: Essays from the Now or Never*, Harper Collins, Nueva York, 1995, p. 154.

tuvieron lugar en las regiones que abarca el estudio, sino también de las discusiones y de las diversas aproximaciones historiográficas presentes en cada país y medio historiográfico. Al mismo tiempo, Weber hace explícito su distanciamiento de la idea turneriana de frontera y de la denominada escuela de las *Spanish Borderlands* propuesta en los años veinte del siglo pasado por Herbert Eugene Bolton, discípulo de Turner, para explicar el pasado novohispano y mexicano de las regiones que hoy forman parte de Estados Unidos.

A partir de esta visión panorámica, analiza e intenta responder a las inquietudes que atraviesan el libro: cómo funcionaba el imperio español en las diversas regiones, cómo eran resueltos los conflictos y qué políticas se ponían en marcha a nivel local, cómo superar, en definitiva, la imagen monolítica del imperio español en América que los estudiosos han reproducido de este funcionamiento a lo largo de muchas décadas. A partir de la redefinición de la escala de análisis, de ampliar la lente en ciertos momentos y enfocar de manera muy ajustada en otros, Weber visualiza realidades específicas, sin perder de vista los contextos y los procesos generales. Esto se relaciona tanto con el despliegue de nuevos enfoques y herramientas teórico-metodológicas, como con el análisis de diversas fuentes documentales, y ambas cuestiones aparecen con claridad en el caso de los espacios fronterizos hispanoamericanos coloniales. Por mucho tiempo los historiadores del mundo colonial reconstruyeron la historia de las regiones de frontera desde la mirada metropolitana, con documentos emanados de repositorios documentales que reflejaban el punto de vista de las autoridades centrales, al que erigieron como historia oficial. Sin embargo, esta reconstrucción se ha venido enriqueciendo a partir de trabajos que plantean una aproximación regional y local, y que integran otro tipo de documentación.

La lente de la documentación oficial refleja una mirada desde arriba, la mirada de la autoridad metropolitana o la virreinal. Y aunque esto sea casi una verdad de Perogrullo, igual conviene recordarlo, ya que gran parte de la historiografía sobre los indios no reducidos y las fronteras se construyó sobre la imagen que devolvía esta lente. Estas concepciones siguen vigentes aún en la medida en que cuesta mucho revertir las imágenes, las ideas y los prejuicios que esta historiografía heredó de las fuentes de carácter oficial y reprodujo en libros académicos. Weber resalta la heterogeneidad del mundo hispanoamericano colonial y el pragmatismo de las políticas españolas a la hora de abordar los problemas y conflictos en las diversas fronteras. Los españoles se percataron de que a poblaciones disímiles y heterogéneas –como eran las sociedades nativas–, correspondían soluciones y políticas disímiles.

Bárbaros representa, en suma, un gran esfuerzo por analizar y poner en evidencia las complejidades de todos los actores sociales involucrados en las fronteras hispanoamericanas coloniales. Y es importante señalar, por último, que las reflexiones de Weber no se limitan a la época ilustrada y al ocaso del orden colonial, sino que avanzan sobre el siglo XIX, periodo para el cual sigue contrastando las retóricas oficiales frente a las políticas llevadas cabo por los gobiernos independientes, enfrentados al problema que representó para los jóvenes estados nacionales en construcción la presencia de las sociedades indígenas no reducidas. Este aspecto es relevante en la medida en que la transición al periodo independiente y los procesos decimonónicos desde la perspectiva de estos grupos aún son escasamente estudiados por la historiografía.¹⁴

¹⁴ En el marco del bicentenario de los movimientos de independencia se ha comenzado a prestar atención a este periodo. Véase para el caso de México el volumen reciente organizado por Martha Ortega Soto, Danna Levin Rojo y María Estela Báez-Villaseñor (coordinadoras), *Los grupos nativos del septentrión novohispano ante la Independencia de México, 1810-1847*, México, Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa, y Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010.

Espléndidamente escrito, erudito y ampliamente documentado, *Bárbaros* refleja la fina interpretación histórica de su autor, pero también su agudo sentido del humor y su enorme generosidad intelectual. Dedico estas breves líneas a la memoria del Profesor David Weber, cuyo legado seguirá vivo en la lectura de su vasta obra, y en la pluma de las jóvenes generaciones de historiadores que se acerquen al estudio de los problemas que lo desvelaron y apasionaron.

Sara Ortelli
CONICET / IEHS-UNCPBA

